# EL LABERINTO,

## PERIODICO UNIVERSAL.

**SUSCRICION EN MADRID.**
Un mes 6 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 3 reales

N.° 20. Tomo I.—VIERNES 16 DE AGOSTO 1834.
Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

**SUSCRICION EN PROVINCIAS.**
Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscríbese en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

### RESUMEN.

**Biografía: D. José Alvarez**, por D. José Amador de los Rios.—**Pentápolis, canto segundo**, por D. J. Zorrilla.—**Antiguas Córtes en España**, por D. Bonifacio Gomez.—**Unas hojas marchitas (novela)**, conclusion, por D. Baldomero Menendez.—**Las mujeres en tiempo de los patriarcas**, por D. Camilo Alonso Vallespino.—**Viajes**, por D. Enrique Gil.—**Revista de la Quincena**, por D. Juan Perez Calvo.—**Canciones de Beranger**, por D. A. F. del Rio.

## BIOGRAFIA.

## D. JOSÉ ALVAREZ,

### CÉLEBRE ESCULTOR CONTEMPORÁNEO.

El siglo XVIII, dice Mr. V. de Cousin en su primera leccion de la *Historia de la Filosofía*, no es el siglo de las artes. En efecto, si tratamos de buscarlas en el siglo XVIII con su carácter propio, carácter que esté de acuerdo esencialmente con las creencias y los instintos de la generacion pasada, dificilmente podremos hallar la mas ligera huella de las artes, tales como nosotros las comprendemos. El siglo último, devorado por un escepticismo cruel, combatido por las mas horribles dudas, ni podia entregarse de lleno á las inspiraciones del sentimiento religioso, ni adormido en brazos de la paz, crear un mundo verdaderamente poético, en el cual pusieran las artes su asiento. La escultura, asi como la pintura, careció por esta causa de animacion y de color propio: cansados los artistas del tormentoso presente que tenian ante sí, quisieron recurrir á la escultura de los griegos para dar formas á sus producciones; y como las artes no pueden aparecer en todas las épocas con un carácter determinado, como están destinadas á revelar el estado de cultura de cada pueblo, las obras de los escultores del último siglo fueron un anacronismo lastimoso en la *Historia de las artes*.

No es asunto de un artículo biográfico el determinar hasta qué punto deben imitarse en nuestros dias las creaciones de la escultura griega, en cuya cuestion tenemos el sentimiento de no estar conformes con escritores respetables: nuestra opinion es, sin embargo, que *la belleza ideal* de la escultura cristiana debe distar mucho de *la belleza ideal* de los griegos, asi como la teogonía pagana está tan apartada del cristianismo.

Cuando toda Europa carecia de un artista que mereciese el nombre de tal, no era en verdad España la nacion que podia vanagloriarse de poseer muchos ingenios, que sobreponiéndose á los escrúpulos de su

Retrato de D. José Alvarez

época resucitáran en nuestro suelo el amortiguado gusto de las artes, y con ellas la gloriosa memoria de los Céspedes y Berruguetes. Las artes como las letras se reponian dificilmente de su lamentoso letargo, y á los desaciertos del *Churriguerismo* venia á suplantar la imitacion francesa, fria y descolorida en extremo. Sin embargo, á mediados de ese siglo nació de humildes padres en el mismo suelo en que Céspedes (1) un niño que sin educacion artística de ningun género, luchando en los primeros años de su vida con la indigencia y abandonado á los instintos de su corazon, habia de admirar con sus obras á la culta Europa, restaurando el buen nombre de los artistas españoles de los siglos XVI y XVII. Este niño era don José Alvarez y Cubero.

Tiene la gloria de ser su patria la villa de Priego, asentada en los confines de los reinos de Jaen y Granada, en donde vió la luz en 22 de abril de 1768. Era su padre de oficio marmolista, y apenas podia levantar el mazo nuestro futuro escultor, cuando ya se vió precisado á ayudarle en sus penosas tareas. Manifestóse desde luego ágil en semejantes trabajos, y encargado su padrino don N. Alvarez de Pedrajas de la direccion de la obra del convento del Paular, llevóle consigo á aquel monasterio, en donde el genio de Alvarez comenzó á desarrollarse espontáneamente. Conoció, pues, que habia nacido para ser algo mas que un simple picapedrero, y cuando se principió el famoso *trasparente* de dicho edificio, dió inequívocas muestras de su gran talento, esculpiendo algunas estátuas, que si bien abundaban en defectos no por eso dejaban de revelar al artista.

No fué esta muestra tan apreciada como debiera; y terminada la obra del Paular volvió Alvarez á su pueblo, llevando no obstante en su corazon el deseo de probar sus fuerzas en un arte que tanto amor le inspiraba, y alimentando ya la noble ambicion de gloria que guió despues todos sus pasos. A falta de maestros y de modelos ejercitábase en diseñar los órdenes de arquitectura en las paredes y las piedras que desvastaba, creciendo su entusiasmo á medida que crecian sus años. Contaba ya 21, cuando le asaltó la idea de abandonar á su pueblo y á su familia, que se oponia á sus proyectos; y dirigióse en 1789 á Granada, en donde halló buena acogida entre los profesores, quienes al ver la facilidad con que copiaba los vaciados del *antiguo*, le aconsejaron que pasase á Madrid, en cuya Academia, con el estudio de las mejores obras de nuestros artistas, podria dar rienda suelta á su inclinacion.

Acogió nuestro Alvarez el consejo con admirable fé, y volvió á Priego para despedirse de sus padres. Ocupaba á la sazon la silla episcopal de Córdoba un varon ilustre y muy dado á las artes, que se complacia en proteger á los que en su diócesis manifestaban alguna disposicion para su cultivo. Debíale ya don Diego Monroy, pintor, que habia sido albañil, una solícita proteccion; y noticioso del buen talento de Alvarez le llamó tambien á Córdoba y dióle habitacion en su palacio, poniéndole bajo la direccion de un es-

(1) Céspedes nació en la misma ciudad de Córdoba, á cuyo reino pertenece Priego.

cultor francés llamado Berdiguer, hombre ridículamente estrafalario, en quien anidaba aun el *Churriguerismo* con todos sus extravíos y caprichos.

Iniciado Alvarez en el conocimiento del *antiguo*, vió con asombro que las obras de su maestro en nada se parecian á las griegas, ni menos al natural; y dotado de un carácter franco y sencillo no tuvo dificultad en manifestarlo asi al buen Berdiguer y despues al señor Caballero, que tal era el nombre del obispo, con quien, ofendido aquel por el atrevimiento de Alvarez, logró al cabo indisponerle. Tuvo el prelado por indocilidad lo que era buen sentido, y reprendió severamente al discípulo de Berdiguer, amenazándole con retirarle su gracia si no se enmendaba para en adelante. Esta reprimenda manifestó á Alvarez que no le quedaba esperanza alguna de mejorar de suerte al lado del escultor francés, y resolvióse á dejar á Córdoba, para lo cual pidió permiso al obispo, que no puso en ello resistencia alguna, dándole ademas una corta suma para el viaje.

Encaminóse Alvarez á Madrid y acabó en un mismo dia el viaje y el dinero, viéndose en una poblacion tan populosa sin medio alguno, ni relaciones de ningun género. En semejante conflicto no tuvo otro recurso mas que el de ponerse á trabajar de cantero, resuelto ya á salvar cuantos obstáculos se opusieran al logro de la grande idea que era toda su existencia. Mientras sus brazos se ejercitaban en un trabajo grosero y penoso, mientras rendían su cuerpo el sol y las fatigas, la imaginacion de Alvarez se remontaba á otras regiones mas puras, y con el sentimiento de la belleza, con la esperanza en el corazon, dulcificaba todos sus sinsabores y los hacia mas llevaderos. Matriculóse en 23 de abril de 1794 en la Academia de S. Fernando, á la cual asistia de noche con la imaginacion fresca, aunque con el cuerpo cansado; y en menos de dos años aventajó á todos sus condiscípulos, que llevaban largo tiempo de estudio, llamando vivamente la atencion de los profesores. Llegaron á oidos del señor Caballero los rápidos adelantamientos de Alvarez, y arrepentido de haber dado crédito á las imposturas de Berdiguer, escribió á su antiguo protegido, señalándole una pension mensual para que se dedicára exclusivamente á perfeccionar sus estudios. Esta fué la primera recompensa del genio, este el primer galardon de los triunfos que le esperaban.

Publicó en 1798 la Academia de S. Fernando los premios generales, dando pábulo á los jóvenes artistas para ensayar sus fuerzas, y desde aquel momento concibió Alvarez la idea de hacer oposicion al primer premio, animándole la confianza de que no encontraria quien le disputase el deseado triunfo. ¡Tan segura estaba su conciencia de su genio!... La Academia vió con placer y admiracion la obra presentada por Alvarez, y no pudo menos de adjudicarle el primer premio en el concurso de 1799. Este era el segundo paso que daba Alvarez en su gloriosa carrera.

Noticioso el rey de su aventajado talento é informado por la Academia de las grandes esperanzas que habian hecho concebir sus producciones á todos los hombres entendidos en artes, resolvió en 21 de julio del mismo año de 1799 señalarle una pension para que pasase á París, córte á la sazon del buen gusto, con el objeto de que prosiguiese en ella sus estudios. Fué en la capital de Francia discípulo de Mr. Dejoux, mas digno en verdad de ser maestro de un genio como Alvarez que su compatriota Berdiguer; y deseoso de rivalizar con los mas distinguidos jóvenes de aquella córte, hizo oposicion en 1802 al premio ofrecido por el Instituto de Francia. Tuvo Alvarez la misma buena suerte que en Madrid, y llenó con su obra de admiracion á los jueces, que no titubearon en asignarle el prometido premio. Pero la condicion de extranjero fué causa de que no disfrutára de las ventajas ofrecidas: debia ir pensionado á Roma el que obtuviese el premio, y nuestro compatriota tuvo que contentarse con ser coronado en el Instituto, recibiendo una medalla de oro, en la cual se veia inscrito su nombre. Consiguió Alvarez este nuevo triunfo en 15 de vendimiario del año X de la república, y halagado de esta manera por la fortuna, que tan propicia habia empezado á mostrársele, recobró nuevas fuerzas é hizo firme propósito de no volver la vista atrás en tan gloriosa carrera. ¿Ni cómo podia ser otra cosa?... Alvarez que habia abandonado el mazo de picapedrero para tomar el cincel de escultor, que desde la mas deplorable miseria y oscuridad habia llegado á ocupar el primer puesto entre los jóvenes artistas de Madrid y de París, no podia menos de redoblar la fé y la esperanza, que habian animado sus primeros pasos, á medida que encontraba mayores dificultades y alcanzaba mas honrosas distinciones, porque esta es la condicion del genio.

A los dos años de haber llenado de envidia á unos y de admiracion á otros, debia el Instituto celebrar exposicion pública, y deseoso nuestro ilustre compatricio de dar otra prueba de su genio y de su incansable aplicacion, presentó en ella una hermosa estátua de Ganimedes, que se conserva en la galería de escultura de la Academia de nobles artes de S. Fernando. El marmolista de Priego habia logrado sorprender las grandiosas formas de la escultura de los Phidias, y aunque todavía se hallaba á largo trecho de la meta, á donde habian de llevarle despues sus estudios y su talento, no pudo menos su nueva creacion de granjearle los aplausos de los hombres doctos y sensatos y un segundo premio, que consistió en otra medalla de oro de quinientos francos, siendo coronado en el mismo Instituto por mano del capitan del siglo. ¡Sorprendente espectáculo para Europa, sublime recompensa del genio, acatado por el genio!... Alvarez era un artista digno de ser coronado por Napoleon.

Habia emprendido entretanto el discípulo de Mr. Dejoux un estudio concienzudo de la anatomía del cuerpo humano, para conocer profundamente los resortes de la naturaleza y el efecto producido por la pasion; y alentado más y mas por sus honrosos triunfos, formó el proyecto de aplicar este estudio á la escultura de los griegos, resultando de esta comparacion la grandiosidad de las formas que adoptó para sus obras y la filosofía que todas ellas respiran. Hé aquí cómo nosotros comprendemos el estudio de las artes griegas, cuando se toman por modelo en las creaciones modernas. Imitar servilmente el *antiguo* es la obra de los rutinarios: compararlo con la naturaleza y sacar de esta comparacion sazonados frutos, es la obra del talento. Alvarez no podia menos de elegir el buen camino.

Contaba ya treinta y seis años, cuando enamorado tiernamente de doña Isabel Bougel, señora de una familia distinguida y oriunda de Dunquerque, contrajo con ella matrimonio, naciéndole al poco tiempo un hijo, que habia de heredar su nombre y su gloria, si bien le arrebató la muerte en medio de su brillante carrera. Abrigaba Alvarez desde sus primeros años de artista el deseo de visitar á Roma, á cuya capital se extendia tambien la pension concedida por Cárlos IV, y preparado ya con tan insignes estudios, resolvióse á pasar á aquella capital, en donde se conservaban las obras originales de la escultura griega, en donde se admiraban tambien las creaciones del arte de Michael Angelo. Llegó á Roma el artista laureado en mayo de 1805, y sin tomar descanso alguno, sin dar tiempo á que los profesores, que ya conocian su nombre, acudieran á felicitarle, su primer cuidado fué dirigirse á la *Galería de Escultura del antiguo*, para contemplar y admirar al propio tiempo á los Phidias y los Praxiteles. Alvarez, que solamente conocia estas magníficas producciones por los vaciados, se sintió arrebatar de entusiasmo á vista de tantas bellezas, advirtiendo al par que le quedaba aun largo trecho, para llegar al término que se habia propuesto. Decidióse entonces á imitar las obras del *antiguo*, y ensayóse en hacer varias estátuas del *estilo gracioso*, en las cuales, á pesar de ceñirse demasiado á la imitacion, dió tambien claras pruebas de su buen talento. No sabemos nosotros, sin embargo, si estos estudios fueron ó no perjudiciales al genio de Alvarez, si contribuyeron ó no á que perdiese algun tanto la originalidad que sus primeras obras respiraban. Bástenos saber que las imitaciones de Alvarez no llegaron á ser nunca descoloridas, y que su genio no perdió tampoco la espontaneidad y la lozanía en las concepciones.

Sintióse al fin animado de mayores fuerzas, y acometió la empresa de esculpir un grupo colosal de *Numantinas*, pagando así un justo tributo á la historia del pais que le habia alimentado en su seno. Muy adelantada tenia ya el ilustre marmolista aquella obra, cuando acaeció la invasion francesa en nuestra península, quedando suspendida la pension que disfrutaba de nuestro gobierno, y viéndose precisado á abandonar el grupo, que á poco tiempo fué enteramente destruido. Y no paró en esto la desgracia de Alvarez: el gobierno francés, que se enseñoreaba de toda Italia, exigió de él que reconociera al intruso José, cuya dominacion era harto costosa á los ejércitos de Napoleon y pesada á los españoles; y el ilustre escultor, que habia sido laureado por mano del nuevo César, se negó abierta y noblemente á semejante reconocimiento, siendo conducido por esta causa al castillo de Sant Angelo. ¡Accion digna de toda alabanza, y que manifestaba la grandeza de alma del marmolista de Priego!...

Quedó la familia de Alvarez hundida con este acontecimiento en el mas lamentable abandono; pero esta persecucion, que solo podia cohonestar la celebridad de Alvarez, puso en claro el grande aprecio en que era tenido por los demas profesores que residian á la sazon en Roma. El célebre Mr. Letiers, director de la Academia de Francia en aquella capital, y el distinguido Canova, fueron, sin embargo, los que mas se señalaron en obsequio del prisionero de Sant Angelo, prodigando á su honrada esposa, que se veia sola y en pais extranjero con dos niños de corta edad, los mayores cuidados. No olvidó Alvarez la noble conducta de los protectores de su familia, y cuando restituido á la libertad, pudo manifestarles su reconocimiento, probó que no habian acariciado á un ingrato.

A su salida del castillo esperaban al escultor coro dobés nuevos laureles: encargáronle un gran frisbajo-relieve, dividido en cuatro asuntos alegóricos al sueño, y en estas producciones dió una prueba de que no se habia agotado su ingenio en el calabozo de Sant Angelo. Muy poco conocidos son en España estos bajo-relieves, y por esta causa nos parece conveniente dar aquí una ligera idea de ellos. Destinados á decorar la habitacion que habia de servir de dormitorio al emperador Bonaparte, creyó Alvarez oportuno representar en ellos los mas famosos *ensueños* de la antigüedad, reservando uno solo de los cuatro al memorable y heróico esfuerzo de los espartanos en el estrecho de las Termópilas. Este es en nuestro concepto, segun el grabado que tenemos presente, el bajo-relieve de mas mérito de los que debian enriquecer el palacio Quirinal, á donde con otras obras de Finelli y de Torwaldsen fueron conducidos despues de la caida de Napoleon. Representa, pues, á Leonidas rodeado de sus guerros en el momento de prepararse para el combate, lavándose y rizándose los cabellos para arrostrar la muerte mas *limpios y lucidos*: Leonidas aparece á la izquierda del espectador animando á sus valientes para la batalla, los cuales escuchan con inflamado corazon la voz de su caudillo. A la derecha se ve entre las rocas, y al lado del rio Esperchio un guerrero persa que con la mayor astucia observa aquella escena y cuenta el número de los combatientes que formaban el ejército de Leonidas. Dió Alvarez á los personajes de este bajo-relieve formas verdaderamente griegas, siendo esta la ocasion de observar que cuando se imita la escultura de los Phidias en asuntos como el presente, no puede menos de producir esta imitacion, siempre que sea inteligente y juiciosa, los mas plausibles resultados. Hé aquí la razon por qué nosotros insistiremos en que entre la escultura del renacimiento, la escultura cristiana y la escultura de los pueblos del Archipiélago, debe existir una diferencia capital, diferencia que basta á caracterizar una y otra.

El segundo bajo-relieve representa el sueño de Ciceron en el Capitolio. Refiere Plutarco que vió en sueños este ilustre orador, antes de que fuera conocido Pompeyo por sus proezas, y nombrado Julio César dictador de la república, á Júpiter convocando la juventud romana al Capitolio, para dar señor á la capital del mundo. Llegaron todos los jóvenes ante la estátua de Júpiter, y al acercarse á ella Octaviano, levantó aquella su diestra, diciendo estas palabras: «éste es: sus órdenes harán deponer al fin las temidas armas, y cesará la civil discordia.» Tal es el asunto escogido por Alvarez para este bajo-relieve. La composicion es sencilla, y está concebida dignamente, abundando en bellezas y siendo muy notable toda esta produccion por la severidad y grandiosidad de las formas.

El tercero representa á Aquiles despues del vencimiento de Héctor, apareciéndosele en sueños la sombra de su amigo Patroclo. Esta escena, que con tan admirable dulzura fué escrita por Homero, recibió bajo el cincel de Alvarez una nueva vida.

El cuarto contiene uno de los hechos mas notables de la vida de César, escrita por Plutarco. Cuenta éste que saliendo el cónsul romano á visitar su campamento en una de las noches que precedieron á la derrota de Pharsalia, se iluminó todo el campo repentinamente, brillando las armas de César como en mitad del dia, y ardiendo sobre su cabeza una llama que pasó despues á los espantados reales de Pompeyo. Este asunto, que tanto se presta á la poesía, fué tambien tratado por Alvarez con acierto, viéndose al lado de César los principales personajes de su bando, tales como Antonio, Domicio Calvino y Cayo Crasino, que con tanto calor sostenian la guerra contra Pompeyo. La ejecucion de este bajo-relieve, así como las formas de su diseño, son dignas verdaderamente del ilustre marmolista de Priego. Deseoso su hijo

**Grupo de Alvarez en el Museo de escultura de Madrid.**

don Anibal, distinguido arquitecto, de que no pereciese la memoria de estas producciones, las mandó grabar, y encargáronse de este trabajo Pablo Guglielmi y Francisco Garzoli, quienes lo desempeñaron con bastante exactitud y esmero. Cuando en 1839 vino don Anibal á España, le fueron robadas por las facciones de Valencia la mayor parte de estas láminas, siendo por esta razon tan escasas y poco conocidas entre nosotros.

Los bajo-relieves del palacio Quirinal dieron á Alvarez la mas alta fama y nombradía: la Academia de san Lucas de Roma le abrió en 1814 sus puertas: la de san Fernando de Madrid le admitió en su seno en 1819, nombrándole su teniente director en 1826: la de Carrara premió sus talentos, sentándole entre sus individuos en 1820: el Instituto nacional de Francia no se desdeñó de contarle entre sus miembros en 1823: la Academia de Nápoles le hizo su sócio en 1824; y la de Amberes le honró con igual título en 1825. Otras muchas corporaciones se apresuraron á inscribir en la lista de sus sócios el esclarecido nombre de Alvarez, pagando así el tributo debido á sus inmortales obras. Era su estudio el punto de reunion de todos los hombres mas señalados en artes y en letras, que moraban á la sazon en Roma; era un verdadero Liceo. Cuantos extranjeros visitaban la antigua capital del mundo, acudian á casa de Alvarez para contemplar sus obras; cuantos artistas iban á estudiar las creaciones de las artes griegas y de las artes del renacimiento, tenian por un deber imprescindible el acudir á la casa de Alvarez, para pedirle lecciones y consejos. Y hé aquí al picapedrero de Priego ocupando uno de los primeros puestos entre los artistas de Europa.

Animado Alvarez de un sentimiento patriótico, al escuchar las proezas de los habitantes de Zaragoza en la lucha sostenida contra las huestes de Napoleon, quiso legar á su patria un testimonio de su reconocimiento y de su lealtad. El magnífico grupo que posee el real Museo de Madrid fué parto de este noble pensamiento. Representa á un jóven en el acto de defender á su padre de los golpes enemigos, dotado de tan varonil expresion, y ejecutado con tanto acierto y maestría, que bien puede competir con el famoso grupo de Ayax y Patroclo, tenido por una de las mas valientes obras de la antigüedad. Alemania y Francia se apresuraron á hacer á Alvarez las mas ventajosas proposiciones para adquirirlo: el príncipe de Metternich no omitió medio alguno para conquistar á su patria tan insigne trofeo del valor y de las artes españolas. Pero Alvarez esquivó tan honrosas propuestas, contestando á las instancias de ambas naciones, que no podia disponer de su obra sin el consentimiento de su rey y de su patria.

Dirigióse en este propósito al gobierno español participándole aquel empeño, deseoso de conocer la voluntad del monarca; pero no obtuvo contestacion alguna á sus reverentes exposiciones, y resolvióse al cabo á venir á Madrid para ofrecerle en persona el fruto de sus importantes tareas. Aceptó el gobierno la ofrenda de Alvarez; pero á condicion de satisfacerle únicamente los gastos que le habia ocasionado la ejecucion de su grupo, condicion bastante mezquina para un artista á quien acababan de hacerse por otras naciones los ofrecimientos mas brillantes. Alvarez prefirió esta humillacion, á que fuese su obra á adornar un museo extranjero, y pasó por el bochorno de presentar sus cuentas á una junta de peritos nombrada por el ministro de España en Roma, que envidioso tal vez de las distinciones que en aquella córte le prodigaban, se habia propuesto causarle los mayores disgustos y vejaciones.

Pero en 26 de febrero de 1818 fué Alvarez nombrado escultor de cámara, concediéndosele al mismo tiempo la cruz de distincion de prisioneros civiles, pareciendo que se trataba de premiar su mérito y de reconocer con este acto su lealtad y acrisolado patriotismo. En 19 de noviembre de 1823 fué honrado con el empleo de primer escultor de cámara, y á los tres años regresó segunda vez á Madrid, encargándole entonces el rey la formacion de la *Galería de escultura* del Museo, que llevó á cabo con su acostumbrado celo é inteligencia; haciendo entre tanto varias obras, tales como la *estátua de la reina Luisa*, que se conserva en dicho Museo, un *amorcito con un cisne*, que se halla en el Casino real, la estátua de la difunta *marquesa de Ariza* y su sepúlcro, el retrato del *infante don Francisco de Paula*, y otras cosas de igual mérito, que contribuyeron á sostener su crédito y hacerle de dia en dia mas estimable.

Muy corto tiempo gozó Alvarez de la satisfaccion que le proporcionaba el verse honrado en su pais, si bien distaba mucho el tratamiento que recibió en España de las distinciones que habia merecido á las córtes extranjeras. Pasó, pues, de esta vida el dia 26 de noviembre de 1827, cuando apenas rayaba en los 59 años, edad en que podia aun prestar eminentes servicios á las artes españolas; y fué enterrado en el campo santo extramuros de la puerta de Fuencarral, acompañándole al sepulcro las lágrimas de su familia y el sentimiento de sus amigos.

Tales son los principales acontecimientos de la vida de don José Alvarez y Cubero, artista que ha dado mas honra á España en los tiempos modernos. Alvarez llenó todas las condiciones del genio; luchó con la pobreza, agotó todos los recursos de una suerte desgraciada, y logró al cabo vencer los mas insuperables escollos, que habrian arredrado á otros corazones de menos valor y perseverancia. Por eso no puede menos de interesar á las almas nobles la narracion de estos hechos, que nosotros hemos referido con la mayor brevedad, temerosos de hacer este artículo demasiado largo. Para terminarlo trasladamos aquí la estrofa que consagró á su memoria el Excmo. señor duque de Frias en una oda leida en el concurso general de 1831, celebrado por la Academia de san Fernando, para la adjudicacion de premios:

«Ese que colosal mármol admiro,
donde con noble y bélico talante
fuerte mancebo impávido sostiene
á un anciano espirante,
á quien la lanza polonesa ruda
sanguinaria destroza,
recuerda á Zaragoza.
.....
.....
¡Alvarez inmortal! tambien tu genio
en la ciudad de Rómulo famosa
supo un tiempo brillar; la tumba umbría
hoy te cubre á mis ojos,
mas no á la gloria de la patria mia.»

**José Amador de los Rios.**

# PENTÁPOLIS.

CANTO SEGUNDO.

I.

Faltó la luz de los divinos ojos
en la comarca de la tierra impura
y el sol la iluminó con rayos rojos
de sangriento color: por su llanura
barrió sus mieses, árboles y abrojos
ráfaga ardiente. Por do quier augura
la lobreguez en que la tarde cierra
la enemistad del cielo con la tierra.

II.

Pronto los gigantescos nubarrones,
que aglomeró tempestuoso el viento
robaron á los ojos las regiones
de la extension azul del firmamento.
Pronto impotente el sol sus pabellones
no pudo atravesar, y en tal momento
á mitad de la tarde espiró el dia
por el recinto de la tierra impia.

III.

Sobre ella solo el colosal nublado
se cernía en los aires suspendido,
el cerco de su suelo condenado
dejando con su sombra oscurecido.
Mas dejando á la par iluminado
el terreno en redor no maldecido,
reinaba solo en la comarca impía
noche temprana, pero en torno el dia.

IV.

Tal fué la marca, y funerario velo
que la puso el Señor, la gran sentencia
al fulminar sobre el infame suelo
que despreció su paternal clemencia.
Y separada así de tierra y cielo
y decretado el fin de su existencia,
al santo ejecutor de su destino
llamó á sus pies el Hacedor divino.

V.

Al eco de su acento poderoso
vaciló el universo estremecido,
y al eco de su acento, presuroso
voló á sus pies el Sér desconocido
que evocaba su voz: sér pavoroso
á cuyo brazo el orbe sometido
una señal del Criador espera
para incendiar la creacion entera.

VI.

¡Oh, tú, cuyo fanal mis pasos guia,
de cuya luz inextinguible mana
el raudal de la sacra poesia,
genio radiante de la fé cristiana!
Tú inspira aliento á la garganta mia,
dá tú vigor á mi palabra humana
para hacerme escuchar de los mortales
al cantar los misterios celestiales.

VII.

En un confin recóndito del cielo
de una selva viviente circundado,
denso y confuso y misterioso velo
que le tiene del orbe separado,
hay un alcázar de azabache, oscuro,
que en un hondo torrente ensangrentado
la sombra pinta de su inmenso muro
en contornos de sangre rellejado.

VIII.

Jamás el aura de perfume henchida,
que en los jardines del Eden murmura
en tal lugar estremeció perdida
del rudo bosque la hojarasca dura.
Ni el sol radió con fugitiva lumbre,
ni sonó por la lóbrega espesura,
ni retumbó la cóncava techumbre
mas que el rugir de la corriente impura.

IX.

El aire denso, sin color é inmoble
que aquel recinto por do quier rodea
há el pavor de quien se acerca doble,
y doble el caos á quien ver desea.
Solo se alcanza entre las altas puntas,
que el recio vendabal nunca cimbrea,
entre dos torres del alcazar juntas
un faro, que en la sombra centellea.

X.

Ni sér alguno penetró el misterio
que guarda allí la ciencia omnipotente,
ni se sabe cuyo es aquel imperio
donde nunca se oyó rumor de gente.
Ni arcángel sábio, ni profeta diestro
de este sitio alcanzó confusamente
mas que la lumbre del fanal siniestro
y el estruendo medroso del torrente.

XI.

En este bosque oculto y solitario,
en este alcázar negro y escondido
donde nunca llegó pié temerario,
ni descansó jamás ojo atrevido,
ni mas sol alumbró que el rayo rojo
del fanal en sus torres suspendido,
tiene el Señor las arcas de su enojo
y el horno de sus rayos encendido.

XII.

Y allí vive un espíritu terrible,
que al son de aquellas aguas se adormece,
y á los ojos de Dios solo visible
al acento de Dios solo obedece.
Arcángel vengador, del cielo asombro
cuando deja el lugar do se guarece
el rayo ardiendo y el carcaj al hombro
pronto á la lid ante su Dios parece.

XIII.

Espíritu sin fin ni nacimiento,
la eternidad existe en su memoria;
él solo del sagrado firmamento
entera sabe la infinita historia:
y al solo ruido de sus negras alas,
á su sola presencia transitoria
del firmamento en las eternas salas
se suspenden los cánticos de gloria.

XIV.

Aborto del furor Omnipotente,
arcángel torbo que las vidas cuenta
vela de Dios el arsenal ardiente
y los ultrajes del Señor asienta.
El carro guarda allí cuya cuadriga
relincha con la voz de la tormenta,
y allí está con su lanza y su loriga
la copa en que su cólera fermenta.

XV.

En ella hierve con fragor horrible
el ancho vaso hasta los bordes lleno,
el tremendo licor incorruptible
de las iras de Dios; y en su hondo seno
se fermenta la esencia del granizo,
y de la peste el infernal veneno,
y el gérmen del relámpago pajizo
y el espíritu cóncavo del trueno.

XVI.

Allí está el aire que el contagio impele,
el zumo allí de la cicuta hendida,
la sed del tigre que la sangre huele
y de la hiena la intencion torcida.
Y allí bulle en el fondo envenenado
la única de furor lágrima hervida
con que lloró Luzbel desesperado
su venturosa eternidad perdida.

XVII.

En aquel arsenal inexpugnable
instrumentos de la ira Omnipotente
germinan en rebaño formidable
las mil desdichas de la humana gente:
Y los vicios en torpe muchedumbre
se apiñan á beber la luz caliente
de aquel fanal de cuya viva lumbre
es el sol una chispa solamente.

XVIII.

De allí se lanza con horrible estruendo
á ejecutar la voluntad divina
el misterioso espíritu tremendo
que en este alcázar funeral domina.
Arcángel fiero, portador de enojos
ase la copa, y por do quier camina
el aire inflaman sus airados ojos
y las estrellas con los pies calcina.

XIX.

Con él vá la tormenta; el trueno ronco
bajo sus alas cruje: desgreñada
de armas y quejas con estruendo bronco
la guerra detrás de él vá despeñada;
y asidas á las orlas de su manto
van tras de él con la muerte descarnada
la peste, el hambre, y el amor, y el llanto
y la ambicion de crímenes preñada.

XX.

El espacio á su vista palidece
y entolda su magnífica apariencia,
el disco de la luna se enrojece
y mancha el sol su fulgurante esencia.
Do quier las nubes que su sombra evitan
se chocan, y se rompen con violencia,
y cometas do quier se precipitan
présagos ¡ay! de la fatal sentencia.

XXI.

A su soplo la mar se encoleriza
y con gigante voz muge y atruena:
la planta de sus pies torna en ceniza
la limpia concha y la esponjosa arena.
El monte huella, y la cerviz le inclina,
pisa en el valle y de fetor le llena,
y en la ciudad que á perecer destina
vierte el licor fatal y la envenena.

XXII.

Y ese el arcángel fué que inexorable
lanzó al desnudo Adan del Paraiso,
y de su raza en él junta y culpable
fijó á la vida término preciso.
El arrancó en el Gólgota empinado
el ¡ay! postrero que exhaló sumiso
el Dios que la mancha del pecado
borrar la sombra con su sangre quiso.

XXIII.

Él turbó la insensata ceremonia
del pueblo santo ante el becerro impuro;
sentenció á Baltasar y á Babilonia
con tres palabras que pintó en el muro:
inspiró al receloso Ascalonita
el degüello fatal, y abrió seguro
nicho á Faraon, que con su gente habita
del indignado mar el fondo oscuro.

XXIV.

Él llevó el fuego de Alarico á Roma:
llevó á Jerusalen á Vespasiano;
en una noche convirtió á Sodoma
en lago impuro y en vapor insano;
rompió las cataratas del diluvio
cegadas al impulso soberano,
y encendió las entrañas del Vesubio
que busca sin cesar otro Herculano.

XXV.

Y ese será el espíritu tremendo,
cuya gigante voz sonará un dia
y á su voz de la tierra ira saliendo
la triste raza que en su faz vivia.
La creacion se romperá en sus brazos,
y cuando toque el orbe en su agonía
cuando á su soplo el sol caiga en pedazos
¿Qué habrá ante Dios?—La eternidad vacía.

XXVI.

Tal fué el arcángel, que la voz oyendo
del sumo Dios, su habitacion dejando
y á la voz del Señor obedeciendo
á los pies del Señor partió volando:
y el espació un instante obscureciendo
y los mundos un punto dislocando
en la mitad de las celestes salas
al gritar—«*Heme aquí*» plegó las alas.

XXVII.

De la Salem divina á su presencia
suspendióse la gloria de improviso.
Reverberó en su faz la omnipotencia,
y el justo la cerviz dobló sumiso.
Postrósele en redor con reverencia
todo sér morador del Paraiso,
y al misterio terrible quedó atento
en silencio y pavor el firmamento.

XXVIII.

Rasgóse el pabellon de pedrería
que de la Trinidad cerca el santuario,
y el gérmen de la luz que se escondia
bajo el tapiz viviente del Sagrario
vertió la lumbre del eterno dia
desbordada á un impulso involuntario,
y alumbró el firmamento de tal modo
que su inmenso esplendor lo cegó todo.

XXIX.

Cual oscuro tizon espiró luego
ahogado entre su luz el sol brillante:
puntos de sombra, sin color su fuego
fueron los astros de su luz delante:
y todo ojo inmortal quedó al fin ciego
en tan supremo y temeroso instante:
y todo en fin cuanto creado estaba
con la luz del Señor reverberaba.

XXX.

Un cuerpo solamente resistia
el resplandor de la infinita hoguera:
una sombra no mas manchar se via
la luminosa creacion entera.
Y una no mas permanecer podia
y á un espíritu solo dable fuera
resistir á su fúlgido dominio:
el ángel del Dolor y el esterminio.

XXXI.

El nada mas fatídico levanta
su aterradora y colosal figura,
entre tanto esplendor y gloria tanta
triste, medrosa, funeral y oscura.
Solo él espera con inmoble planta
al Dios que llena el orbe de pavura:
solo él no tiembla cuando Dios respira
solo él de frente su semblante mira.

XXXII.

Abriéronse las puertas eternales
del sagrario de Dios, en cuyo interno
no entraron ni aun los ojos inmortales
de los electos de su amor paterno.
Abriéronse, y llegando á sus umbrales
así hablaron el ángel y el Eterno:
—Señor ¿qué mandas?
—Mi balanza toma.
—¿Qué hé de pesar?
—Los vicios de Sodoma.

XXXIII.

Obedeció el arcángel, y poniendo
la clemencia de Dios y la esperanza
en un plato, y en otro el fardo horrendo
de Sodoma, alzó al aire la balanza.
Cedió el platillo de Sodoma, y viendo
que el otro el peso á equilibrar no alcanza
dijo el ángel: «Pentápolis es mia.»
Y Dios: «Perezca la ciudad impía.»

XXXIV.

Tornó a entrar el Señor en su sagrario:
Tornó á plegarse el misterioso velo
que de la TRINIDAD cerca el santuario:
y volviendo á elevar su torvo vuelo
el arcángel fatal, á su ordinario
curso volvió naturaleza y cielo:
y el sol que en occidente se sumia
á Sodoma marcó su último dia.

J. ZORRILLA.

# ANTIGUAS CORTES EN ESPAÑA.

Si las venerandas costumbres de nuestros mayores excitan justamente la curiosidad de los que la presente azarosa época recorremos, si el idealismo que respiran sus acciones contrasta de un modo rudo con el egoista interés que á las nuestras preside, y si tal vez por la misma causa, el ánimo sediento de ilusiones en este árido siglo, se esparce y recrea en aquellos venturosos al par que atrasados tiempos, preciso es que entre ellas se destaquen fijando mas vivamente la atencion las que llevan el sello del heroismo; las que revelan el duro temple de sus almas, su grandeza, su virtud. La celebracion de Córtes es sin duda la primera bajo todos aspectos: su fin, sus medios, sus circunstancias, la elevan á la clase de gloriosos hechos, de verdaderas hazañas.

Invadida la nacion por los árabes con la rapidéz del rayo, oprimidos sus moradores con las cadenas de la mas ominosa servidumbre, ó replegados y ocultos los mas felices entre los asturianos riscos y la maleza de los Pirineos, la degradacion y la ignorancia de consuno empezaron á desplegar en la Península sus mortíferas influencias, y lograron extinguir aparentemente el indomable carácter español. Mas allá en el fondo de los corazones resistia una mal apagada chispa de patrio fuego á sus furiosos embates; y trasmitida de generacion en generacion, aguardaba solo para inflamar los pechos á que les tendieran una mano protectora sus hermanos de las montañas.

Siete siglos de porfiadas guerras no fueron parte para que aquellos ínclitos varones se entibiáran en el anhelante afan de organizar su nuevo imperio, y en medio del estruendo de las conquistas, veíaseles acudir con frente serena á las necesidades interiores de la naciente monarquía, consolidando con robustas leyes la dominacion del territorio que iban recobrando con la fuerza de sus armas, y dejaban salpicado con la sangre de sus venas.

En aquellas grandes juntas nacionales, se deliberaba sobre los asuntos árduos, sobre los acontecimientos graves y las atenciones mas urgentes, se proveia de comun acuerdo lo necesario para dar impulso á la prosperidad del Estado, removiendo los obstáculos que la impedian ó retardaban en su desarrollo. Allí se oponia un fuerte dique á las ambiciosas miras de los nobles y poderosos, se nivelaba el exorbitante poder de los reyes, y se contenia el funesto torrente de las pasiones. Nada tan magnífico en su esencia y en su forma, como el espectáculo que ofrecia la nacion reunida en Córtes, levantándose floreciente sobre sus propias ruinas, y combatiendo á tantos mortales elementos como fuera de ella y en el fondo de sus entrañas pugnaban por destruirla. El aparato y pompa con que se celebraron aquellas memorables reuniones, no desdecia del grandioso objeto que las motivaba: y la dignidad y arrogancia que en ellas presidía, reflejaba el entusiasmo con que los antiguos españoles acudieron al honroso empeño de echar los cimientos firmes de su independencia en el seno mismo de la esclavitud.

Era el paso prévio una *carta convocatoria* del príncipe; porque al noble teson con que sostenian sus libertades y fueros, andaba unido y bien hermanado el respeto hácia sus monarcas y naturales señores. Mas fué tambien privilegio de los convocados el no poderlo ser nunca sino por la magestad del rey; y cuando á las veces hubiera esta de delegar sus facultades, habia de ser con notable fundamento expreso en la misma carta, y recayendo la eleccion de sustituto en persona cuyo rango no llegára á menos que parentesco muy próximo con el mismo delegante. No fueron estas convocatorias generales ó redactadas en forma de decreto, sino particulares á cada individuo que gozaba el derecho de concurrir á las Córtes, á cada ciudad, á cada concejo de los que tenian voz y voto en ellas. Ni todos, á la verdad, podian envanecerse en un principio con este honorífico privilegio, sino solo los que alcanzaron en virtud de real cédula de institucion municipal, jurisdiccion y autoridad pública en su territorio. Así los pueblos de señorío, privados de tan preciosa ventaja, clamaban sin cesar por su emancipacion; y en tanto que la conseguian, ya perteneciesen á la grandeza, al clero, ó á las órdenes militares, vinieron representados á Córtes por el mismo señor, ó sus procuradores y enviados.

En las cartas de llamamiento, cuidaban mucho los reyes de expresar ora general é indeterminadamente, ó con especialidad, las causas y motivos porque las Cortes se reunian: y los pueblos en su virtud, juntábanse á deliberar no solo acerca de las personas que diputáran, sino tambien de las facultades que sobre cada punto les habian de conceder: de esta manera los representantes y apoderados no podian excederse de las instrucciones en el poder contenidas, ó reservadamente y en pliego aparte encomendadas.

Es cierto que la intervencion de los pueblos no tuvo lugar en nuestros comicios hasta fines del siglo XII; y antes de esa época los formaban únicamente los magnates, prelados y caballeros. Pero desde que el tercer brazo del Estado comenzó á tener accion en los negocios públicos por la política de los reyes, que no hallaron mejor arbitrio para contrarestar la desmedida ambicion de los nobles y principales vasallos, la ejercitaron siempre con la mas completa libertad, y cuidaron con esquisito esmero de que no se les cercenase esa preeminencia adquirida, fuente y manantial riquísimo de adelantos para la nacion y el trono.

En un principio la gloriosa concurrencia á los combates, dió por igual á todo vecino cabeza de familia, influjo directo en las elecciones; pero desde el reinado de D. Alonso XI, que de acuerdo con los pueblos mismos varió la forma de las municipalidades, se adjudicó á ellas el derecho exclusivo de nombrar en su seno diputados: la ley no obstante prohibia á los príncipes y poderosos mezclarse en tan importante asunto. Conservaron los altivos españoles este derecho por dilatados años, y continuaron haciéndolas desembarazadamente ya por medio de votaciones públicas, ya secretas, ya tambien por suerte; que todos estos métodos fueron usados en las diversas comunidades de la monarquía; y solo cuando los nombramientos venian en discordia, tocaba al rey dirimirla y determinar con consejo de su corte.

Solícitos en asegurar el éxito feliz de la empresa, establecieron sin embargo que antes de proceder á la eleccion, jurasen los concejales hacerla recaer en las personas á su juicio mas aptas y celosas de la prosperidad pública; y los diputados despues de elegidos, juraban no menos solemnemente corresponder á la confianza que de ellos hacia el concejo, sin que por interés, temor, deferencia ni otro algun motivo, se apartasen de sus órdenes é intencion. Y con tal escrúpulo guardaban la religiosidad de aquel juramento, que cuando en la asamblea nacional se proponia algun punto fuera de los que el cabildo habia tenido presentes en la instruccion, se abstenian de decidirle y pedian espacio en que consultar á sus comitentes por medio de un correo propio. La ley abundando en el mismo espíritu, prohibió á los procuradores del reino, so pena de muerte y confiscacion general de bienes, que pudieran recibir durante su oficio, mercedes, honores ni empleos del Monarca ó de otra cualquier persona. Pero en cambio los ayuntamientos les pagaban *salario fijo* desde el dia en que verificaban su salida del lugar hasta que nuevamente tornaban á sus hogares, añadiendo otra cantidad extraordinaria con el nombre de *ayuda de costas*, por razon de los gastos que su desempeño les hubiera podido ocasionar: y los reyes despachaban cédulas á aquellas corporaciones ordenando la satisfaccion de lo primero, y permitiéndola en cuanto á lo segundo.

Hecha la eleccion de personeros, se procedia á otorgarles poder, no limitado á conferenciar, conceder ó disentir en el asunto ó proposicion principal expresada en la convocatoria, sino extensivo á promover los intereses de la municipalidad y el bien general del pueblo; á cuyo propósito ademas de las instrucciones verbales, les entregaban un cuaderno de peticiones dirigidas al trono, con encargo de librarlas á satisfaccion del concejo.

Bajo tales auspicios y recíprocas garantías se apartaban los representantes de sus representados, y bajo la proteccion y salvaguardia del soberano emprendian su viaje hácia el sitio donde se hallaba con su córte, entonces ambulante; razon por la cual se llamaron *Córtes* estas grandes juntas de la nacion.

El favor de las leyes con los procuradores de los pueblos, se extendia hasta proporcionarles alojamientos convenientes y cómodas posadas, reunidas todas en barrio separado para que mas fácilmente pudieran reunirse entre sí y conferenciar sobre los asuntos que se habian de decidir en la asamblea. Y fué el órden establecido en este punto, ceder el barrio por entero al primero que se presentaba, ya procediese de Castilla, de Leon, de Extremadura ú otro de los dominios sujetos á la corona de España, para que lo guardára y repartiera con los demas en los términos que juzgasen mas conveniente.

Era la primer diligencia despues de su llegada al paraje donde el monarca residia, presentar los poderes con que venian autorizados ante el canciller del sello real ó el secretario de las Córtes, ó bien ante el consejo de la cámara, donde se examinase la legitimidad y suficiencia de aquellos documentos, y si correspondian al objeto para que las ciudades habian sido convocadas. Declarado así, cada cual acudia á besar la mano del príncipe, comunmente introducido y apadrinado por algun principal señor y grande de los reinos: con lo cual quedaban reconocidos.

No estaba designado por ley ni por costumbre el lugar fijo en que las Córtes debieran celebrarse, y quedaba por tanto su eleccion al arbitrio de los reyes, con tal de que fuera seguro y desembarazado de tropas y pretendientes poderosos, de quienes los votantes pudiesen recelar alguna violencia y opresion: pero en el reino de Aragon por fuero particular debia subir la poblacion á cuatrocientos fuegos ó casas para que en ella pudiera procederse á tan solemne acto. Y como en los pueblos designados por la necesidad ó la fuerza de las circunstancias no siempre hubiera palacios propios ni habitaciones proporcionadas para tales reuniones, se procuraba escoger los edificios mas capaces y espaciosos, facilitando así que el gran número de vocales y espectadores se congregára sin confusion. Repetidas veces se tuvieron en las iglesias ó en sus sacristías; en los conventos, claustros, y cementerios, ó en las casas de grandes y títulos. En todas reinaba el decoro al lado de los de la mag-

nificencia, y especialmente en las que fueron convocadas por los soberanos para sus reales Alcázares de Madrid, Segovia, Toledo y otras principales ciudades de la monarquía.

Llegado el momento de la ceremonia, acudian al local con grande pompa y boato los obispos y prelados, los magnates, ricos-hombres, hidalgos y caballeros, así como los procuradores de las municipalidades que habian sido llamados por las convocatorias: y fué privilegio de las clases poderse introducir y tomar asiento sus individuos aun cuando por omision ú otro motivo se omitiese tal circunstancia; bien entendido que de parecer en Córtes tuvieran derecho notorio, ó así lo hicieren constar ante los jueces competentes en aquel punto. Las señoras de vasallos y ricas-hembras, tampoco estaban excluidas por razon del sexo, y solieron comparecer en las cámaras por medio de procuradores y encargados. Veíase el recinto dispuesto á recibirles dignamente, aderezado con adornos y guarnecido de colgaduras; y á su cabeza un alto sólio compuesto de gradas, cuyo remate era un sillon cubierto de brocado y protegido por un magnífico dosel, con destino á la magestad del príncipe. A sus costados se extendian por el pavimento los escaños en que se habian de colocar los representantes, ocupando la derecha banda el clero, la izquierda los nobles, y el centro las comunidades al extremo inferior de la sala, frente al rey.

Salon de las Córtes antiguas.

Presentábase por fin éste, precedido de brillante comitiva, rodeado de su córte y acompañado de numeroso séquito: las insignias reales autorizaban su persona, y daban mayor prestigio á la reunion. Subido al trono con los infantes, y quedando al pie sobre las gradas el gran canciller, el presidente y asistentes, los letrados consultores y demas oficiales reales del acompañamiento, poblábase el salon de las personas que le aguardaban; los notarios de Córtes se acercaban á sus asientos, y todos permanecian en pie. El rey entonces mandaba cubrir á los concurrentes, y así lo verificaban.

Mas al ir á tomar sus puestos, levantábase contienda entre las ciudades sobre la preferencia de ellos; en especial Toledo y Búrgos se la disputaban mútuamente con noble teson y caballeresca porfía. Tanto fué el empeño en la pretension, y el calor en el debate, que alguna vez llegaron á resistir unos y otros personeros al mandato del monarca, obligándole á bajar de su silla *para quitar por su mano mesma á los procuradores de la ciudad de Toledo.... y poner á los de Búrgos, diciendo: dejad ese lugar, que todos dicen é ansi parece, que los procuradores de Búrgos deben estar en él é non vosotros.* No dejaban en tal caso los vencidos de pedir testimonio al secretario de las Córtes, y protestar que cedian por obediencia á las órdenes del rey, y sin perjuicio de las prerogativas de su concejo, que tan extremados eran en conservar sus fueros y categorías.

Esas mismas altercaciones solieron cruzarse en el acto de hablar y votar; y nuestros príncipes por no hacer desaire á ninguna de sus ciudades, adoptaron por último el expediente de no decidir en su razon, sino que prevaliéndose de la costumbre admitida y por nadie impugnada de que la calidad personal del procurador le diese preferencia, como si siendo noble se colocára entre los nobles por mas que representase á una comunidad, tomaban parte por cualquiera de ellas, diciendo: *Yo hablo por Toledo, é hable luego Búrgos*: lo cual no admitia réplica, si bien tampoco excusaba la peticion del testimonio. Mas tanto se repitieron estas reclamaciones, que al cabo se designó á Toledo un sitio aislado en medio del local, reduciéndose á mera fórmula de estilo la competencia entre ambas.

Avenidos ya los ánimos, el rey hacia la *proposicion*, que en lo antiguo era una sencilla arenga: en la cual exponia las necesidades y asuntos que motivaban aquella convocacion, y despues quedó en un simple anuncio de la que por escrito llevaba el secretario real, y en alta voz leia por su mandado. Este documento formaba la cabeza y principio de las actas ó cuadernos de Córtes. Oida por los circunstantes, alzábanse tres de los mas principales diputados, cada cual por su brazo, y llegando juntos á las gradas del sólio, uno á nombre del concurso todo formulaba su respetuosa respuesta, entregándola ademas escrita al notario para su insercion en el proceso. La contestacion por lo general no era terminante; sino que se limitaba á pedir tiempo para deliberar y tratar del negocio á sus solas. Pero no siempre las propuestas del príncipe requerian prolijo exámen, ni votacion, ni respuesta escrita; porque á las veces consistieron solo en noticias de importantes sucesos, ó indicaciones de lo que por ley y derecho debia ejecutar el reino, en cuyo caso estaba reducida á la manifestacion de quedar enterados, dándole gracias al propio tiempo por la honra y confianza que dispensaba á sus súbditos.

En tal estado usábase en Aragon el conceder los reyes algunos dias de gracia y prorogar el plazo de la convocatoria para los que aun no hubiesen llegado; y transcurrido el nuevo término se les declaraba contumaces, decretándose que se pudiera proseguir adelante en su ausencia. Túvose por esencial este requisito, en cuanto las determinaciones habian de ser allí por completa unanimidad, bastando la discordancia de uno solo para anular y entorpecer el curso de los negocios. En Castilla y los otros dominios españoles, si bien no consta ese extremo, parece probable que asimismo aconteciese; pues sobre haber comisionado desde luego personas entendidas que pasáran á la ciudad de Jaca para aprender de sus usos en la materia, es sabido que algunas ciudades protestaron y no admitieron los acuerdos de las Córtes por no haber concurrido á su celebracion.

De cualquier modo que esto fuese, la primer sesion terminó en lo antiguo con la respuesta y señalamiento de dia para la siguiente: los reyes sin embargo no volvian á presidirlas, salvo en el acto de disolverlas; y en su nombre lo hicieron los presidentes de Castilla, sentándose en el mismo, aunque inferior lugar que los príncipes. El monarca se retiraba con igual aparato y ostentacion que habia venido, y los representantes hacian lo mismo á sus particulares departamentos, donde nombraban un secretario que extendiera las actas de sus privadas deliberaciones. El rey tambien elegia *tratadores* entre las personas de su confianza que se acercasen á aquellas conferencias, y arregláran con ellos los puntos que en cada sesion hubieran de resolverse: así ordenados los trabajos se procedia á la votacion por clases. Obtuvo siempre el primer lugar en ella el señor ó poseedor de la casa de Lara, que llevaba en Córtes la voz de los fijos-dalgo. Seguia inmediatamente el voto del Arzobispo de Toledo, primera dignidad por el estado eclesiástico; el almirante mayor de Castilla hablaba en ocasiones por los ricos-hombres, caballeros y escuderos, y últimamente votaban los personeros de las ciudades y villas. Pero á veces los representantes del pueblo, oido el dictámen de las altas clases del estado, pedian tiempo para juntarse á discutir, y una copia de las proposiciones votadas para responder por escrito en otra sesion. Sus respuestas solian ocasionar nuevos altercados y demandas por parte del rey, á las cuales debian satisfacer igualmente por escrito, insertándose todo en las actas generales.

Concluidos los negocios que abrazaba la *proposicion*, tenian derecho los procuradores del reino de representar y proponer en Córtes al príncipe por vía de consejo, súplica y peticion, cuanto juzgaban conducente á contener los desórdenes públicos, reformar abusos y promover los intereses generales de la nacion ó especiales del concejo y territorio que les diputaba. Así que reunidos entre sí, oyendo el dictámen de letrados, y arreglándose á las instrucciones comunicadas por sus respectivos pueblos, ordenaban el cuaderno ó escrito de peticiones, cuidando de dejar al pié de cada una, espacio en blanco donde cupiese la decision real. Estos cuadernos se notificaban al rey en persona por medio del presidente, letrados y asistentes de las Córtes, y el monarca no podia desentenderse de dar contestacion antes de disolverlas: mas procedíase en este punto con tal circunspeccion y severidad, que si por caso hubiera encontrado intereses en las diversas clases y vinieran en su virtud opuestas reclamaciones, no se podian librar sin prévia audiencia de las partes, y en vista de la razon que las asistiese.

Terminados felizmente por este órden los asuntos sometidos á la deliberacion del Congreso, seguíase la autorizacion de lo acordado y convenido: acto solemne é imponente en que resplandecia mas que nunca la dignidad de la nacion y la benevolencia y buena armonía que reinaba entre el príncipe y sus pueblos. Señalado el dia, la asistencia era mas puntual, la concurrencia mas numerosa. El rey entraba en la iglesia con la misma suntuosidad que en la apertura de córtes; su camarero mayor le precedia con el estoque desnudo, hasta que subiendo por las gradas del sólio, y colocado en la silla real, le depositaba entre sus manos. Los oficiales de la córte, los nobles, los obispos y procuradores, ocupaban sus asientos correspondientes con religioso silencio: entonces el notario con voz levantada y clara leia lo resuelto por todos, siguiendo el mismo método que en la propuesta y discusion. Lo primero el *servicio* ya ordinario, ya extraordinario de gente ó cantidades que el monarca pedia á sus reinos, y solia ser la causa principal de la convocatoria; el cual regularmente, aunque no siempre, se concedia: en seguida los fueros otorgados ó confirmados á las poblaciones, y las medidas generales para la prosperidad del pais; y por último los *actos de córte*, como limosnas, donaciones á monasterios, rentas vitalicias, y otras gracias y mercedes que parecian justas á la piedad de nuestros antecesores.

Todo así hecho, se ratificaba y aseguraba con la sagrada ceremonia del juramento. Principiábale el monarca, quien para tal caso tenia dispuesta en la ante-

penúltima grada del sólio y á su izquierda un lujoso

El Rey jurando.

sitial cubierto de paño de brocado, y sobre él un misal abierto con una cruz de oro encima, y descendiendo hasta donde estaba, hincadas ambas rodillas y la diestra sobre los Santos Evangelios, prometia á Dios en su nombre y el de sus sucesores guardar lo allí establecido, y no venir contra ello en todo ni en parte, bajo ningun pretexto ni razon. Lo mismo juraban despues los ministros y jueces superiores en manos de su alteza; y aun los tres brazos repetian el juramento, nombrándose por cada cual dos diputados que lo hiciesen. Entonces el rey dando gracias con afable tono á tan respetable reunion, disolvia las córtes dando licencia á los representantes de la nacion para que volvieran al seno de sus familias; y uno devolviéndole á nombre de todos sus cariñosas frases, se despedia deseándole todo género de venturas.

Con esto, y pidiendo copia autorizada de sus respectivos fueros y concesiones, tornaban al hogar doméstico aquellos insignes patricios, no á descansar por cierto de la pasada fatiga, sino á empuñar las armas para defenderlos, y á conquistar en la reducida frontera mas territorio á donde extender su bienhechor influjo.

**Bonifacio Gomez.**

# UNAS HOJAS MARCHITAS.

## NOVELA.

### IV.

No es ciertamente la ausencia el verdadero antídoto contra el amor, cuando es puro y sublime, y cuando solo el espíritu participa de sus dulces emociones. Curará quizá fácilmente aquellos amores de mera ilusion, que ceden ó toman nueva forma á la vista de una mujer cualquiera que excita nuestra sensualidad, pero no; el verdadero amor del alma vírgen y sensible, rara vez se cura sino con la tumba. Amar con toda la fuerza del corazon; alejarse del objeto que se adora creyendo olvidarlo así; suponer que la gloria, esta pasion propia tan solo de las almas grandes, le hará desaparecer, ó que la vista de nuevas bellezas será capaz de borrar nuestras primeras impresiones, es delirar tan solo; es ignorar la fuerza de un afecto que se graba en nuestras almas con profundos é indelebles caractéres. ¡El amor!... ¡Palabra mágica desconocida de unos, despreciada de otros, y profanada por los mas! ¡El amor!... este don precioso que los cielos han legado para nuestra dicha, jamás, jamás desaparece, como una vez haya ocupado un corazon tierno y sensible en toda su extension.

Loco é inexperto algun dia, en medio de mis juveniles fantasías, me habia formado tambien la dulce ilusion de hallar en la ausencia el solaz y la calma que una mujer me arrebatára. Me decidí á marchar; marché efectivamente, y tan orgulloso, cual hacerlo pudiera un general vencedor al poner el pie sobre las murallas de una plaza conquistada. ¡Cuán lejos estaba yo de preveer los efectos de semejante determinacion! ¡La ausencia!... ¿Qué adelanté yo con huir? aumentar mas y mas el fuego que devoraba mi alma, y no disfrutar desde aquel dia un solo momento de placer.

Segun mis pasos se alejaban del bien adorado, mi angustia crecia, mi desesperacion llegaba á su colmo, y tornando la vista hácia el punto de mi partida: ¡Adios! esclamaba transido de dolor: «¡Adios, momentos felices de mi vida! ¡mi alma no sentirá ya jamás vuestro influjo! ¡mis ojos no podrán admirarte, mujer adorada!.. ¡no podré de hoy mas escuchar tus acentos dulces y armoniosos!.. ¡De tanta dicha, solo veré en torno mio llanto y soledad! A estas horas, las mas misteriosas del dia, debiera estar á tu lado, cantar contigo y embelesarme en tu contemplacion ¡ninguno de estos placeres disfruto ya! pero yo lo quise así... Me separé de tí... mis quejas, son injustas, y no merezco compasion.»

Fueron transcurriendo los dias, no veloces y agradables como al lado de mi Laura, sino crueles é interminables como los de un prisionero que se halla sin esperanzas de lograr su libertad. Las demas mujeres eran odiosas para mí: su hermosura me causaba tedio; y huia de su trato cual huyen las tiernas palomas á la vista de un gavilan.

La vida militar, activa y agradable para un jóven ganoso de renombre, no ha sido bastante para hacérmela olvidar un momento: en el campo, en la parada, en la guardia, mi único pensamiento era ella. Ningun atractivo tenian para mí cuantos objetos me rodeaban. La soledad era mi encanto, y á todas horas la buscaba con avidez: libre allí de importunos me dedicaba enteramente á repasar en la memoria los instantes felices que á su lado pasára. ¡Cuántas veces extraviada mi razon con tales recuerdos, la miré sentada graciosamente en el césped; escuché su acento angelical y armonioso; la dirigí la palabra cual si pudiera contestarme, y hasta tendí los brazos delirante para estrecharla contra mi corazon angustioso!

En la fuerza de un combate volaba desesperado á donde la muerte me parecia mas probable, porque solo morir deseaba. Nada se oponia á mi brazo, y mil glorias adquirí que de otro modo no hubiera jamás merecido. Pero estas glorias me parecian tambien odiosas, porque haciéndome quiza mas digno del ángel encantador de mis delicias, me recordaban el placer que esperimentara mi alma si pudiera ofrecerlas á sus plantas y decirla: «toma, toma esta condecoracion honrosa, y colócala sobre mi pecho; orla mi frente con esta corona que acabo de conquistar por ti y tan solo para ti.»

Tres meses habian pasado desde mi separacion funesta, sin que hubiese tenido el consuelo de recibir noticias suyas. La dirigí dos cartas desde diferentes puntos, suplicándola pusiese al menos en mí noticia el estado de su salud; pero en vano: ninguna contestacion he recibido, cuando hubiera dado gustoso la vida por una letra suya.

Una noche que estaba en mi alojamiento, solo y triste como de costumbre, me entregaron una carta: conocí su letra, abrila con mano temblorosa, despues de haberla cubierto de ardientes besos, y leí con avidez su contenido.

«Mi amigo y libertador: No estrañeis haya dejado de contestar á vuestras cartas, porque ni puedo como sabeis ni debo hacerlo, os conozco y estoy segura, que si bien la deseábais, no esperábais contestacion. Inútil es manifestaros el placer que tuve al saber de vos.

«Jamás me fueran mas necesarios vuestros consejos... mi sacrificio está próximo, y me considero sin fuerzas para oponerme á él. Si podeis venir, hacerlo en obsequio de una infeliz que no tiene mas apoyo que vos en el mundo... quizá llegueis á tiempo... vuestra presencia será capaz de hacerme volver en mí. Así lo espera de vos vuestra agradecida.=Laura.»

Me ama! dije fuera de mí al concluir su lectura, me ama sin remedio! ¡Tan solo el amor pudo haber dictado estas frases! Es preciso que la vea... que impida se realice esa union bárbara que acabará en un momento con su preciosa existencia... la haré conocer esta pasion frenética que por ella me devora... Escuchará mis palabras, y dias felices de amor y ventura harán desaparecer muy en breve todas nuestras penas. Si nuestra union hallase alguna resistencia; si el vil interés se opusiese á nuestra dicha, ancho y espacioso es el mundo: huiremos: do quier nos lleve la fortuna, seremos felices estando juntos los dos.

Sin dar lugar á la reflexion, volé á pedir mi licencia, la obtuve, y á la mañana siguiente estaba puesto en camino. Ella me necesitaba, y complacerla era mi anhelo, mucho mas cuando en ello satisfacia mi único deseo. Me atormentaba el temor de llegar tarde, porque la carta habia sufrido un extraordinario atraso; pero decidido á no descansar un momento hasta verla, caminaba rápidamente y algun tanto consolado con la esperanza, compañera inseparable del hombre.

### V.

Qué terror pánico! ¡qué religioso respeto infunde una noche de tormenta en el corazon de un caminante que se ve precisado á continuar su viaje! La oscuridad le cerca; el fragor del trueno le conmueve; el relámpago le estremece; el agua le obstruye su camino; duda de su ruta, y hasta su corcél camina con irremediable lentitud. ¡Todo, todo conspira contra él! y si su corazon se halla en relacion directa con los elementos; si una tormenta interior le agita... entonces... ¡es imposible calcular un estado mas cruel!

Así caminaba yo la última noche de mi viaje. ¡Jamas he visto alguna mas borrascosa! y sin embargo, el deseo de ver á Laura, de hablarla, de ofrecerla mi amor y mi vida, y de librarla, si posible fuese, del horrible sacrificio á que estaba destinada me hacia despreciar la tormenta y caminar sin recelo, por lugares para mí desconocidos, á pesar del furor de los elementos.

Las doce y media serian ya cuando llegué á percibir á lo lejos, iluminadas de cuando en cuando por el relámpago, las cúpulas de los edificios destinados al culto divino; y cantaba la una el misterioso sereno cuando yo entraba en la primera calle de la ciudad. El mayor silencio reinaba por todas partes; tan solo las pesadas veletas girando con volubilidad al rededor de sus ejes; el fuerte viento azotando las paredes, y las herraduras de mi caballo, acompañaban al trueno en su horrísono estampido.

Al verme llegar á la posada á una hora tan intempestiva y con un tiempo tan espantoso, me hubieran cansado á preguntas, si me hallase algun tanto dispuesto á satisfacerlas. Un criado me condujo á mi antiguo gabinete y despues de algunos rodeos

—Vendreis, me dijo, á las bodas de la señorita doña Laura?..

—Cómo!!

—Pues qué ¿No lo sabeis? es muy extraño. Mañana se casará temprano en su capilla...

—Mañana!!

—Sí señor. Con un tal D... qué se yo, á quien nadie por aquí conoce... y segun dicen las gentes ella no queria... ¡se puso tan mala que da una lástima el verla!.. pero ya se ve... su madre la obliga...

—Calla y vete, le repuse fuera de mí. Calla y vete que quiero mudar esta ropa.

O fatalidad de mi destino! dije al verme libre de importunos. Solo podré presenciar su sacrificio, y decirla adios para siempre!... La infeliz me esperaria!... ¡contaria conmigo para oponerse á tan criminal proyecto, y se ha visto sola!... sola; teniendo que ceder al miedo ó á las amenazas!... Pero no... será quizá tiempo aun... Dentro de algunas horas la veré, la ofreceré mi apoyo, y acaso cobrará fuerzas para negarse á semejante enlace. «Tente, la diré con energía; ¡no llegues al altar sacrosanto; porque despues de haberos echado su bendicion el ministro del Altísimo, no habrá remedio para ti sino en la tumba!» Ella escuchará la voz de un amigo, seguirá quizá mis consejos, y no se hará infeliz para siempre. Si este enlace llegare á realizarse, su muerte es segura... no podrá sobrellevar tal desgracia.

El resto de la noche me ha parecido larguísimo. Mudé mi ropa; esperé que amaneciera, y salí entonces al campo para dar algun desahogo á mi espíritu agitado. Cuando me pareció que se habria ya levantado, me dirigí frenético á su casa, y encargué al primer criado que vieron mis ojos la anunciase mi venida, si estaba sola, é indicase que me era preciso hablarla en aquel momento. A poco rato salió de su gabinete pálida y vacilante en su paso; sus ojos tristes; descoloridas sus mejillas, y sus lábios cárdenos y balbucientes. ¡Parecia un esqueleto ambulante!... y si su imagen encantadora no se hallase tan grabada en mi alma, seguramente no la hubiera conocido.

—¿Cómo estais? la dije conmovido.

—Mi semblante os dice mas de lo que mis lábios pudieran manifestaros.

—¡Tanta mudanza y en un tiempo tan escaso!... Pero alegráos... aquí me teneis ya.. No he podido venir antes porque vuestra carta llegó á mis manos con atra-

so... despues que la recibí, no he descansado. Esta noche á pesar de la tormenta me dieron las doce y medio, casi entrando en la ciudad... todo lo supe, y vengo si es posible á salvaros.

—Esta noche!.. ¡á pesar de la tormenta!.. ¡Cuánto siento, amigo mio, haberos causado semejante incomodidad!

—No perdamos tiempo...

—Llegais tarde, y tarde por mi desgracia!

—Tarde!!

—Sí; tarde... ¡y tan tarde como llegais!

—Pero no podriais?..

—Nada puedo ya. Dos horas antes.. ¡Ah!

—No lloreis por piedad.

—Dejadme... es mi único consuelo... Las lágrimas son el desahogo del corazon.

—Han tenido valor!...

—Sí; ellos lo han tenido para inmolarme, y á mi me ha faltado para impedir su crímen... ¡Estaba sola!... sola!

—Mas ahora...

—Es inútil... ¡el hecho está consumado!

—En ese caso... ¡Adios para siempre!

—Marchais? no: os debo mucho, pero me atrevo aun á pediros un favor... ¡el último quizá de mi vida! ¿me lo concedereis?

—Hablad ¿tendria valor para negároslo?

—Os será quizá muy sensible; pero vuestra amiga os lo ruega: visitadme esta noche, y mañana partid á donde gusteis.

—Contad conmigo. Solo por vos haria semejante sacrificio; pero me lo rogais, y vendré. ¿Deseais algo mas?

—No. Adios... quizá nos estarán observando.

—Adios pues... ¡Adios!

Vendré, vendré, dije luego que desapareció de mi vista, vendré ya que así lo exige; la visitaré esta noche; recordaré las bellas horas que disfruté á su lado algun dia, y la contemplaré por la última vez de mi vida. Ella no sabe el estado de mi alma... ¡si supiese que solo por ella respiro; si conociese cuánto el corazon la idolatra, no exigiera de mi semejante sacrificio! ¡Infeliz! ¡Es posible que te haya perdido para siempre!.. «¡Dos horas antes quizás..!» ¡Cuánto hubiera yo dado porque estas dos horas no pasasen! Pero no hay remedio... ¡un lazo indisoluble los une para siempre! Mañana, antes que el sol emprenda su carrera, abandonaré estos lugares. ¡Nunca hubiera yo vuelto, cuando solo he venido á presenciar su desgracia!

Salí de su casa sin saber de mi, y llena la mente de funestas y horrorosas ideas. Anduve el resto del dia triste y desconsolado por do quiera, y á la hora debida me dirigí á su morada, como un reo cuando es conducido al patíbulo.

## VI.

¡Allí estaba ella!.. en el mismo sitio en que mil y mil veces la contemplé estasiado y lleno el corazon de alegría!.. allí donde en tiempos mas felices resonára su acento mágico unido con el mio!.. allí donde por última vez habiamos cantado «El Triste» en una noche infortunada! ¡Qué de recuerdos no encerraba para mi aquel aposento! Cuando llegué estaba sentada al lado de su esposo. Me pareció mas hermosa que nunca. Su negro cabello estaba peinado con el mayor esmero, y tan solo una rosa blanca y enteramente marchita adornaba su cabeza.

—Sentaos, me dijo con agradable sonrisa: no dudaba yo que me honráseis con vuestra presencia en noche tan feliz. El señor es mi esposo... ¡me ama tanto! y yo...ja... ja..ja y se reia como una loca. Este caballero es mi amigo; ya le habrás visto por aquí algunas veces, prosiguió dirigiéndose á su esposo, supo al parecer en Valencia nuestro enlace, y se ha llevado un mal rato por darnos personalmente la enhorabuena. ¿Qué te parece? ja..ja..ja.. ¡estos militares son muy cumplidos!

—Y yo se lo agradezco en extremo.

—No puede menos de ser asi, sabiendo como sabes que tengo un placer en ello. ¡Me quieres tanto!...

—Ciertamente; y jamás me consideré tan dichoso como lo soy en tener una esposa... pero ¡una rosa marchita en tus adornos, cuando todo debiera ser hoy bello y lozano! ¡es un capricho muy estraño!

—No lo creas. Hay flores que, cuando son tocadas por unos lábios de fuego, se marchitan y dejan pronto de existir... Ha sido como tú dices un capricho... pero un capricho pueril... ¡Es tanto el placer de que me hallo poseida; que no sé lo que me hago! Y vos, Enrique, ¿porqué os mostrais taciturno cuando debierais alegraros? ¿Os fastidia por ventura nuestra compañía? ¿No participais acaso de nuestra ventura?

—Todo lo contrario. Si á costa de mi existencia pudiera asegurar por siempre vuestra dicha, dejaria de vivir con placer. Sabeis además que la tristeza es peculiar de mi carácter.

—Con todo, alguna vez os he visto cantar y reir en este aposento ¿Habeis compuesto alguna cancion desde vuestra marcha? Aquí tenemos instrumento... sus cuerdas...

—Permitid...

—No quereis?... lo conozco en vuestro semblante, y si mi esposo lo permite, contaré alguna historieta para que pasemos el rato.

—Cuando gustes... tu voluntad es la mia.

—Muy bien. Y vos quereis?..

—Señora...

—Escuchad. «Una mañana de verano hermosa y serena se fué una jóven á bañar en compañía de su doncella. Llegaron á la ribera, y mientras aquella permanecia en el agua, se alejó esta algun tanto, con objeto de coger algunas conchas. Poco despues un hombre impuro y criminal atracó su esquife sin ser visto; sorprendió á la niña; la tomó brutalmente en sus brazos cerrándola la boca para que nadie pudiera venir en su auxilio; imprimió en su seno virginal un beso impuro y pretendió con desesperado empeño... ¡Qué horror! No es verdad, Enrique?

—Sin duda...

—La historia es algo patética, esposa mia, para una noche de novios.

—La sabes por ventura?

—No por cierto; pero si he de inferir por lo que llevas contado..

—No importa: dejadme concluir. «La Providencia que vela siempre sobre el candor, no permitió que el bárbaro consumase su crímen. Sus pies se deslizaron; cayó, soltó la presa, y la infeliz huyó, á pesar de su traje húmedo y deshonesto: sus pies se han descarnado corriendo sobre las peñas; pero se libró del infame, y á pesar de la máscara con que recataba su semblante el malvado, pudo distinguir sus horrendas facciones.

—Le conoció!! esclamó su esposo trémulo y balbuciente, cual si en aquel momento fuera herido por un rayo, ¡dices que le conoció!

—Si por cierto; y aunque su rostro no se descubrió enteramente, lo cual pudiera dejarle alguna duda, accidentes posteriores la confirmaron en su idea. A poco rato halló la fugitiva otro jóven que al verla, cerró los ojos para no ofender su delicadeza; voló á su socorro; la dió su pañuelo para cubrir su pecho desnudo, y la ofreció la espada y la vida en venganza de su agravio...

—Está contando su historia! pensé yo. ¡El nombre del malvado!... la dije palpitando de cólera, ¡el nombre del malvado!...

—No es tiempo aun. ¡Cuanto vá de hombres á hombres! el libertino se alejó con prontitud de la orilla, mientras el generoso libertador la condujo al punto en que dejára sus vestidos, ocultándose luego para que pudiese con libertad mudar de traje; acompañóla despues hasta su casa; siguió visitándola con frecuencia; solian pasar felices momentos cantando juntos y...

—Y qué? preguntó su esposo pálido como la muerte mirándonos con sobresalto.

—Nada mas dice la historia sobre tal personaje. El otro, creyendo no haber sido descubierto, la pidió por esposa, y ella... á pesar del terror que su sola presencia la inspiraba, condescendió porque su madre, valiéndose de la autoridad que el cielo para mejor fin la concediera, así lo ordenaba, y porque le ha faltado valor para oponerse á tan funesto himeneo... Se casaron...

—Cómo!! dije yo fuera de mi y poseido de un furor estraordinario, al reconocer que su esposo era el infame que habia querido ultrajarla. ¡Es posible!...

—Serenáos, serenáos por piedad y no me interrumpais ¿sabeis acaso el fin de la historia?.. dejadme concluir. El jóven la visitó por la noche; la miraba con lánguida tristeza, mas ella no pudo responder a sus miradas porque la infeliz era ya esposa: se reia, estaba muy adornada, y una rosa enteramente marchita caia como desmayada sobre su frente. Adoraba con frenesí al hombre que la libertára...

—Y él? repuso su esposo echando una mano á la espada y mirándonos alternativamente.

—El historiador no tuvo por conveniente ocuparse de semejante circunstancia, le contestó ella con serenidad.

—Acaba, prosiguió él levantándose, mientras que yo atónito al escuchar semejante revelacion, permanecia sentado sin saber apenas lo que pasaba en torno mio.

—Un momento mas... siéntate y escucha el desenlace. Ella, por librarse de los halagos de un hombre que tanto aborrecia... por no verse en sus brazos impuros...

—Qué hizo? la pregunté sobrecogido de espanto.

—Qué hizo!... nada... la muerte le ha parecido mas grata y...

—Y qué!!

—Se tomó un veneno.

—Un veneno! esclamó el esposo colérico y arrojándose sobre la infeliz, cual si quisiera consumar su crímen.

—Aparta!.. aparta! repuso ella deteniéndole, ¡tus ojos me horrorizan!.. no me toques... no... ¡aun se resiente mi seno de tu primer beso impuro!... ¡Cruel! no profanes los últimos momentos de mi vida!.. si la iglesia pudo darte algun derecho sobre mí, jamás fué autorizado por mi corazon... ¡Cada vez te aborrezco mas, hombre infame! ¡huye lejos de mí!... y tú, Enrique, que fuiste una vez mi ángel tutelar, vela en este momento por mi virtud... No permitas que manos profanas me toquen, ni me dejes mis ojos hasta que hayan perdido para siempre la luz... Acércate y no temas ¡Ah! tambien tú palideces! ¿no me respondes? ¿no me amas quizá?... pero sí... sí... tus ojos me lo han manifestado mil y mil veces... ¡yo tambien te amo!... Ven, ven... aparta de mí este monstruo.. que muera yo pura... ¡pura como la ilusion de un niño!... que pueda yo tenerte á mi lado y consagrarte el último suspiro... entonces ¡qué muerte mas feliz! Mi alma volará sin duda á los cielos... Dios perdonará mi delito, porque sabe el objeto que me lo ha inspirado... me perdonará ¿no es verdad?

Inmóvil la escuchaba, sin poder apenas convencerme de que fuese verdad cuanto á mi vista pasaba. Mis piernas apenas podian sostenerme: una densa nube cubria mis ojos, y el corazon parecia romperse de dolor. Sin embargo, saqué maquinalmente mi espada, y al querer atravesar al cobarde que tal desgracia ocasionaba, habia desaparecido ya. Pretendí seguirle; mas ella cogiendo mi brazo:

—Tente! me dijo, no manches tu corazon con un crímen! Tu presencia es mi único consuelo... ¡te amo tanto!!!...

—Me amas, hermosa! ¡me amas y me lo dices cuando vas á dejarme para siempre!... Quiero morir contigo!.. quiero acompañarte á la eternidad!.. Déjame estrecharte contra mi seno... confundir mi aliento con el tuyo... ¡¡Tu vista se nubla!!... Laura!.. Laura!... no me respondes ya!!... ¡fria como la muerte!!

—Tus labios me abrasan!... Déjame morir tranquila... ¡Te amo tanto, Enrique! ¡te amo tanto!.. ¡hubiera sido tan feliz!.. pero... yo muero... aquí... aquí tengo un volcan!... ¡Un vaso de agua por piedad!... ¡Enrique!

—Mírame: estoy á tu lado.

—Enrique!.. ¿A donde estás?.. tu mano!.. ¡á Dios!

—¡Laura mia!

—Adios.

La infeliz dejó de existir, apretando convulsivamente mi mano contra su corazon... He colmado de besos su frente pálida y fria... he estrechado frenético su cadáver en mis brazos, y arrancado la rosa marchita que adornaba su cabeza. Su madre llegó en aquel momento.

—Complaceos en vuestra obra! la dije, y huí desesperado de aquel aposento de horror. Las hojas de aquella rosa marchita, jamás se apartan de mi corazon, como tampoco se aparta de mi mente la escena terrible que á cada paso me recuerdan, y que alejó de mí para siempre el placer y la calma.

Felices aquellos que miran correr sus dias, siempre risueños, al lado de la mujer que amaron!

### CONCLUSION.

Hasta aquí el manuscrito de mi amigo.

Pasados algunos dias volvió Enrique á visitarme y se lo entregué.

—Lo has leido? me dijo al tomarlo.

—Seguramente.

—Y qué tal?

—No te compadezco mas ni menos.

—Cómo!

—Como lo oyes.

—Pues te aseguro que no lo esperaba.

—Tampoco esperaba yo hallar en ti un enamorado tan cobarde. Si padeces; si la pobre niña tuvo un fin tan desastroso, tuya y de nadie mas es la culpa.

—Mia!

—A no dudarlo. Yo en su lugar...

—Qué hicieras?

—Toma! haberle declarado mi amor lisa y llanamente como Dios manda.

—Y si recibias un desengaño?... Si ofendido su amor propio, te despedia de su presencia, quitándote hasta la esperanza?..

—No lo haria,

—Y si lo hiciera?...

—Santas pascuas.

—Se conoce que no has amado en tu vida!

—Cómo que no! mas de cien novias he tenido á cual mas hermosas; pero yo no ando en chiquitas, ni me rompo la cabeza escribiéndolas canciones, que produ-

cen por lo general muy mal efecto: verdad es que yo soy un tremendo positivista. Cuando me gusta una mujer, voy derechito á su casa: «hija mia, le digo sin preámbulos, yo te quiero en el alma; estoy perdido de amores ¿y tú?... Sí? pues al avío. No? Cristo con todos: mujeres de mas hay en el mundo.»

—Alabo tu calma.

—Pues qué ¿es cosa de quitarse la vida por unas calabazas mas ó menos?

—Y llamas amor á un cariño tan fácil de ser estinguido!

—No sé que tenga otro nombre.

—Pues no lo es, no: lo que tú experimentas es una pasion bastarda que no merece un dictado tan sacrosanto. Una de dos: ó tu alma es insensible, ó no has amado en la vida.

—Lo que tú quieras. Pero dime ¿qué fue de tu atrevido rival?

—Ha tenido muy buen cuidado de ocultarse en donde jamás le viera; de otro modo...

—Deja la espada en su puesto. ¿Y la madre de tu querida?

—Su madre...

— Qué fue de su madre?

—Llegó á perder la razon enteramente; y en medio de su extravío, le parecia ver un fantasma horrendo que á todas partes la seguia. ¡Era el remordimiento que le presentaba á su Laura muerta recordándola su crímen!... Mira, prosiguió cogiendo mi mano y dando á su voz un acento lúgubre y enérgico: si el cielo te concediera alguna vez una hija, no la obligues jamás á contraer un enlace que su corazon repugne.

La mision de un padre es labrar la felicidad de sus hijos.

**Baldomero Menendez.**

## AL BELLO SEXO.

Muchos hay, preciosa mitad del género humano, que por espíritu de adulacion te han hablado haciéndote concebir alta idea de tu valer, muchos que no han querido ver en las que tan vivas sensaciones nos causan mas que unos séres sometidos á la voluntad y capricho del hombre; pero muy pocos los que han procurado con estudio y meditacion el conocimiento de la mujer tan necesario para utilidad de uno y otro sexo.

Habiendo de creer á nuestra Historia Sagrada con preferencia á todas las que existen sobre el orígen del hombre y la mujer, porque es la que nos dá una explicacion mas cumplida de los sucesos, que la oscuridad de los tiempos y la limitacion de nuestro entendimiento ha puesto fuera de un análisis positivo: vemos á la mujer puesta al lado del hombre como su compañera, su igual, asociada á sus placeres y al poder que ejercía sobre el universo, hasta que la primer falta cometida causó la ruina comun, y la colocó en una dependencia absoluta del hombre sujetándola no solo á su poder sino tambien á sus caprichos. ¡Qué cuadro tan poco lisonjero es la historia de la mujer desde esta época hasta el triunfo de la religion cristiana!

La celebridad de las Semíramis, Didos, Cleopatras y demas excepciones de mujeres célebres que la antigüedad nos presenta, no destruyen la terrible realidad del estado á que por las leyes civiles y religiosas eran reducidas. Los mas esquisitos privilegios en favor de las sacerdotisas iban acompañados de exigencias que hacian desgraciada la mujer que los obtenia, y los respetos del bello sexo en algunos pueblos antiguos nacia del egoismo de los hombres. La religion cristiana bautizada con el nombre que se quiera, pero atenida al espíritu de los preceptos evangélicos, es la que ha venido á colocarlas en un terreno mas ventajoso, aunque no sea el que deben ocupar, para acercarse á ser iguales al hombre, compañeras de sus placeres y de su poder. Pero no se entienda que por ser colocadas en la sociedad con iguales títulos que el hombre para participar de sus beneficios hayan de ser exactamente iguales sus goces y sus ocupaciones. Esto no debe pretenderse existiendo entre los hombres mismos por razon de las circunstancias de cada uno, diversidad en sus ocupaciones y en sus goces. Mucha ventaja sacarán de que se procure con solicitud rectificar los juicios exagerados que tanto las perjudican, ya porque las abaten y envilecen con exceso, ya porque á la manera de los poetas se divinicen sus personas ridículamente, y nosotros procuraremos contribuir á tan noble objeto presentando en diversos cuadros la variedad de sus situaciones con relacion á los tiempos en que han vivido ó á las diversas naciones en que al presente pertenezcan.

¡Qué placer no será el nuestro el dia que por efecto de la historia de sus diversas situaciones las podamos suministrar algun pensamiento que facilite su defensa contra las injustas agresiones del hombre y su ataque para reconquistar el lugar de que han sido desposeidas! Ejemplos tendrán de los triunfos de sus armas, cuyas heridas no concurren como las nuestras á la destruccion de las criaturas, y en ellas el verdadero estímulo para aprovechar los sacrificios que prodigan sin fruto en el curso de su dorada existencia: y no se crean invenciones ni cuentos, los cuadros que vamos á presentar de las vicisitudes de las mujeres, aunque estén animados por el colorido de la accion y del diálogo; pues esta circunstancia es la única que nos proponemos añadir para herir con mas seguridad la imaginacion de nuestros lectores quedando en su sér los trajes, las costumbres y los sentimientos que la Historia Sagrada ó profana ha recibido como verdaderos.

## LAS MUJERES

EN

### TIEMPO DE LOS PATRIARCAS.

Era el año de la creacion del mundo de 2220 y 1784 antes de la venida de Jesucristo, en que una tarde de otoño vencido el sol en su carrera extendia las sombras de las tiendas de Laban, por la llanura del pais de Haram en la Mesopotamia. Colocadas en semicírculo y á bastante distancia unas de otras habia como treinta ocupadas por los pastores y dependientes de la casa de Laban, y se destacaba hácia el centro una superior á todas en magnitud en la doble estofa de que se componia y en una forma mas esmerada que las demas. Tenian la entrada todas mirando al oriente, y en derredor de cada una se entretenian los niños jóvenes y se solazaban los animales domésticos. En la tienda central se notaban á derecha é izquierda de su entrada unos sencillos asientos de piedra colocados frente uno de otro, y era el sitio destinado al descanso y á la sencilla sociedad de aquellos primitivos tiempos. Sobre el asiento de la derecha estaba sentada una mujer vestida de una simple túnica blanca de lana, ceñida de una especie de chal del mismo color, y la cabeza cubierta con un paño de lino rodeado á manera de turbante cuyas puntas con flecos caian no sin gracia sobre el hombro derecho apenas cubierto con la túnica. Su palidez, nacida de un sentimiento de tristeza habitual, daba á su fisonomía simplemente regular un interés igual al que se encuentra en la mirada de todas las mujeres que aman con verdad. A sus pies estaba sentada su esclava vestida sin mas diferencia que su hábito era mas basto y tenia el color de la lana negra sin teñir. A muy corta distancia jugueteaban dos niños de una misma edad fatigando un soberbio mastin que se hacia sordo á los importunos juegos de los niños y permanecia impávido en su actitud de dormir. La tienda era de Laban, hermano de la mujer de Isaac. La que estaba sentada era Lía, su hija mayor, la que estaba á sus pies era Zelpha, su esclava, y los niños eran los gemelos Ruben y Simeon, fruto de la primer noche de bodas de Lia cuando fué casada con Jacob.

Vista de la tienda de Laban.

Se ocupaban el ama y la esclava en coser é hilar, y Zelpha por distraer la tristeza de su señora la decia:—No sé cómo estais tan apesarada gozando la felicidad de ser madre de dos hijos de Jacob, cuando vuestra hermana Raquel tan ambiciosa del cariño de vuestro esposo ve castigada su juventud y hermosura con la esterilidad.

—No creas Zelpha mi tristeza nacida de la preferencia que goza cerca de mi señor y esposo mi hermana Raquel, ni creas que me quejo del abandono en que me veo: mi pena nace de no haber tenido el supremo bien de reposar en el seno de mi esposo como Lía sino como Raquel.

—No comprendo cómo pudo ser eso siendo tú su primera esposa.

—Te lo contaré. Ya sabes que Jacob vino de la parte de occidente donde vive nuestra tia la esposa de Isaac, para tomar asi como su padre una mujer de la casa de Laban. Por fortuna de Raquel que como menor pastoreaba los rebaños, se ofreció primero á los ojos de Jacob, hermosa, y reconociéndose parientes se dieron el primer abrazo y se amaron. ¡Qué caricias la prodigó en el espacio de siete años, término fijado á sus acordadas bodas! Yo era testigo de estas preferencias, yo deseaba merecer las caricias de Jacob: pero este si era dulce en su trato conmigo jamás me hizo sentir el placer de que gozase una vez sola su mirada amorosa. Solo dejó de cantar canciones á Raquel en mi presencia, porque sin yo poderlo evitar corrian gruesas lágrimas por mis mejillas al sentir sus espresivos acentos. Mucho padecia mi corazon, y esas solitarias praderas han sido regadas por mis lágrimas muchas veces. La víspera de las bodas al ver durante nuestra comida las mútuas miradas de inteligencia entre Jacob y Raquel, mi corazon se oprimia: y levantándome de mi asiento tomé el camino de Occidente, y en la bajada que oculta las tiendas me prosterné ante el Se-

ñor exhalando mis quejas y pidiéndole fuerzas para sobrellevar mi desgracia. Tambien me dirigia á Jacob, y como si estuviese cerca de mí le decia: Sabe que te amo, que envidio la dicha de mi hermana, y que el dia en que ella va á ser feliz yo moriré de dolor. Al pronunciar estas últimas palabras siento pasos y veo á mi querido padre, que me habia seguido cuidadoso de mi ausencia. Me arrojo en sus brazos ocultando en su seno mi turbacion y mis lágrimas. Mi querida hija, dice Laban, á quien he recibido la primera en mis brazos, ¿por qué no acudes al corazon de tu padre? ¿crees que yo abandonaré tu amor á la desesperacion?

—Qué puedo yo en competencia de mi hermana? Ella es amada de Jacob: y yo la quiero tambien á pesar de que siento perder mis fuerzas al pensar que en la noche de mañana entrará conducida por vuestra mano en el aposento de Jacob. Entonces oprimiéndome contra su seno, me dijo conmovido. No te dejaré perecer, querida mia, antes que mis promesas están los sentimientos de mi corazon, y sin mas decir me trajo á mi habitacion. Alguna esperanza nació en mi angustiado pecho de sus palabras, y ella sostenia los esfuerzos que hacia para superar la agitacion de mi amor desatendido. Llegaron al dia siguiente, último del año sétimo, los reyes y príncipes vecinos montados sobre camellos cubiertos de magníficos tapices como tú víste, y en medio de la alegría y el festin solo de mis ojos salia alguna lágrima, que no podia reprimir al ver pintado en los semblantes de Jacob y de Raquel el contento de una dicha que se siente acercar. Solo las miradas de mi padre derramaban alguna esperanza en mi ánimo abatido.

Concluidas las fiestas todos se retiraron á sus tiendas, y nosotras á la nuestra con nuestro padre Laban. Me despojé de mis adornos, pero Raquel conservó los suyos y sentada cerca de mi lecho estaba pensativa y temblorosa porque agitaban su corazon el amor, el pudor y algun presentimieno fatal quizá. Pasados algunos momentos de reposo, mi padre con imperativa voz dijo:

—Lía! mi hija mayor, sigueme al aposento de tu esposo.

—Es posible? contestamos ambas admiradas.—Padre mio! dijo Raquel, ¿no soy yo la prometida de Jacob?—Es verdad: pero ¿ignoras ser la costumbre del pais casar primero á la hija mayor? ¿Quién se casaria con Lía despues de que sufriese la afrenta de ser pospuesta á su hermana menor? Tú ya tendrás esposo, porque yo te amo como á tu hermana y procuraré casarte pronto con algun poderoso príncipe.

¡Ay padre mio! ¿por qué me habeis engañado? respondió mi afligida hermana.—Raquel!!! dijo nuestro padre: nunca he oido de tú boca agravios contra mi autoridad... si sales de esta habitacion antes de que amanezca, mi maldicion caerá sobre tu cabeza. Concluidas estas terribles palabras me cogió de la mano y me condujo al aposento de Jacob toda azorada y sin saber lo que por mi pasaba. Entramos, y mi padre con voz fuerte dijo:—Hijo de Abraham, recibid vuestra esposa; yo os la entrego, y confiándoos mis derechos sobre ella, contraeis mis obligaciones: proteged y amad vuestra compañera, y tu, hija mia, obedece á tu nuevo señor... ¡Dios del cielo! Bendice y fecunda la union de los dos esposos... y me dejó en los brazos de Jacob, cuyas caricias me hacian perder el conocimiento ahogando mi voz y mi razon tanta felicidad inesperada. Quedó dormido en mi seno Jacob, y yo vuelta en mi del desórden que habia esperimentado me llené de terror y de arrepentimiento. Sufria al pensar la sorpresa de Jacob cuando conociese su engaño: y colocando su cabeza que estaba sobre mi seno en el lecho, me separé de su lado no sin imprimir un apasionado beso en su tranquila frente. Me puse de rodillas sobre el pavimento y no hacia mas que suspirar y pedir á Dios que me librase del ódio que iba á inspirar á mi esposo. Al ruido de mis sollozos Jacob se despertó, y con voz dulce y apasionada decia. ¡Querida mia! ¿dónde estás?—¡Ven á mi lado, paloma mia! ¡ven á disipar el sobresalto que ha causado en mi corazon un sueño funesto que he tenido. ¿Lo creerás, hermosa Raquel? Estando á tu lado y cuando mi corazon latia de placer por ti, he soñado que te habian separado de mi. ¿No respondes nada, vida mia? Yo sollozaba solamente.—El se levanta, viene hácia mí, y yo me abrazo á sus rodillas y riego sus pies con mis ardientes lágrimas. A la débil luz del naciente dia me conoce y exclama: ¡Qué veo!... ¡Desgraciada!... ¿Eres tú á quien he unido mi suerte para siempre? Tus dias serán como los mios llenos de amargura!—Huye... déjame... me causas horror.—Acabadme la vida, ¡señor mio!... lo merezco... un instante de confusion me ha perdido... Yo os adoraba y moria por vos... lo habeis visto en el espacio de siete años, y yo callaba y devoraba en silencio la amargura de veros amar á otra. No creí que pudiesen llegar mayores penas á mi corazon, y me dejé llevar por mi padre á vuestros brazos. ¡Ojalá hubiese muerto inocente pronunciando vuestro nombre en mi último suspiro, antes que ver vuestra indignacion! Por piedad... por justicia herid! Libradme de la presencia del dia. Libraos vos de la mia, herid, y aun así no dejará de amaros vuestra sierva.—El Señor no ha hecho mi corazon de bronce, me contestó Jacob con voz conmovida. Levántate: yo huiré y volveré al pais de mis padres. ¡Ah! qué lacerado está mi corazon, exclamó, y me dejó en la habitacion abandonada á mí misma. La promesa de obtener á Raquel le conservó á mi lado algunos dias, pero nunca su corazon se ha movido á mis halagos. Su bondad le hace dulce en su trato conmigo, pero ama á Raquel, y no me queda mas consuelo que ser madre de esos dos hijos de Jacob.

La presencia de Raquel saliendo de la tienda interrumpió la conversacion de Lía y su esclava Zelpha. Su rostro de acabadas facciones no tenia la rubicundez que cuando llegó á abrevar su ganado á la fuente, en cuyas márgenes vió á Jacob la vez primera. Su traje sencillo como el de su hermana estaba ceñido con poco esmero, á pesar de que esto no sentase mal á su magestuosa estatura. Parada en el umbral de la tienda sus miradas estaban fijas en los niños Ruben y Simeon, y dos lágrimas corrieron por sus mejillas al recordar que era estéril. Entre los objetos que los niños usaban en su entretenimiento habia un ramo de mandrágoras, cuya planta tenia la virtud de promover la fecundidad segun vulgar opinion de aquellos tiempos. Excitada Raquel por el deseo de las mandrágoras, y afligida de ser estéril, se sienta al lado de su hermana Lía; Zelpha se levantó y las dejó solas.—Hermana mia, la dijo, ¿me das esa flor que disputan tus niños? Yo la llevaré, dijo Raquel, en mi pecho y quizás llegue á ser madre como tú.—Lía se levantó, y tomando la mandrágora se la dió diciendo: toma, nada debe de faltar á tu felicidad. Raquel animada por la complacencia de su hermana cogió en sus brazos al niño Simeon, y sentándolo en sus rodillas le acariciaba. El niño correspondiendo elevaba sus tiernas manos, y tocando las mejillas de su tia correspondia á sus caricias. Conmovida Raquel y fuera de sí, pone en pié al niño, y arrojándose á los pies de Lía con voz conmovida y los ojos llenos de lágrimas la dijo:—Hermana mia, tengo una gracia que pedirte.—Decid lo que querais.—No sé si me atreva despues de haberte causado tanta pena.—Habla, ¿qué quieres?—Que me dés á tu hijo Simeon... tú serás su madre siempre, y no se separará de ti; pero yo cuidaré de su infancia, le llamaré hijo mio, y engañaré mi dolor... no me rehuses esta gracia. Lía estuvo suspensa... pasados algunos momentos sus pálidas mejillas se coloraron, y despues de acariciar y levantar á su hermana la contestó:—Os doy mi hijo, pero prometedme tambien una gracia.—Te la prometo, dijo Raquel, hablad.—Lía permaneció silenciosa, y mas se coloraron sus mejillas. Pasado un momento dice:—Raquel, el amor de nuestro esposo es la causa de nuestros disgustos: consentid en permanecer sola esta noche: una noche se pasa pronto.—Raquel vacilaba... consiento en ello dijo, y tomando al pequeño Simeon lo entró en la tienda para trasladar su cuna á su aposento.

Lía llamó á Zelpha y la dijo:—Yo recibo hoy á mi señor en mi aposento; prepara mi mejor túnica de lino, entrelaza mis cabellos con pedazos de púrpura, tráeme las alhajas que heredé de mi madre, derrama mirra, nardo y cinamomo que voy á adornarme y presentarme digna de recibir las caricias de mi esposo. Entraron ama y esclava en la tienda, y algun tiempo despues salió Lía con un semblante tan animado y tan bien colocados sus adornos que parecia hermosa aun á su hermana Raquel, que suspiró al verla pasar, y se fué á encontrar á Jacob que se retiraba de cuidar las haciendas y ganados. Jacob sorprendido de verla ataviada cual nunca la habia visto, se paró silencioso.—Señor, le dijo Lía con una voz dulce, vos vendreis á reposar conmigo esta noche, porque yo he obtenido esta gracia de mi hermana en cambio de cederla nuestro hijo Simeon, á quien tanto amo porque se os parece, y no tengo otra dicha que ser madre de vuestros hijos. Ruborosa al pronunciar estas palabras se escaparon algunas lágrimas de sus ojos, nacidas mas de la dicha que esperaba que de las aflicciones pasadas. Yo no os he molestado con mis ruegos, continuó, recompensad mi amor y mi paciencia... por la primera vez arrojad una mirada de amor á vuestra sierva! Jacob enternecido la dice: era escusado que hubiéseis cedido á vuestro hijo Simeon, tambien te amo á ti, querida Lía, y partiré con las dos mi ternura y mi cariño.

¡Yo usurpé á mi hermano mayor la primogenitura, y respeto las miras del Todo Poderoso! Se entraron en la tienda y en el aposento de Lía.

**Camilo Alonso Valdespino.**

# VIAJES.

**Debemos á la amistad de nuestro colaborador don Enrique Gil la siguiente carta.**

*Señor director de* El Laberinto.

Aunque dice el antiguo refran castellano que «A muertos y á idos no hay amigos» sin duda para las cosas malas no debe de tener fuerza y vigor, pues no ha faltado quien me diga desde esa muy heróica villa lo poco contento que Vd. se muestra de mí viendo la mala cuenta que doy de la promesa que le hice de remitirle algunos artículos de viaje. De leccion me servirá para en adelante, porque á decir verdad, señor director, ni supe lo que le prometí, ni contaba con la huéspeda, es decir, con el modo de viajar de esta tierra de rápido progreso, en que una vez embaucado el viajero en sus diligencias se convierte de todo punto en fardo de mercancías, y asi se cuida nadie de él como de las nubes de antaño. Dia y noche son iguales para esta gente infatigable: no parece sino que á sus ojos todos venimos de casta de postillones, y que debemos dormir al ruido diabólico de sus carruajes del mismo modo que los marinos al compás del balance de su barco. No puedo decir hasta qué punto es exacto semejante raciocinio, aunque por amor á la verdad, y teniendo en cuenta el sueño profundo y sosegado de la mayor parte de los compañeros que en el viaje me tocaron, ya fuese con el sol en los ojos, ya en medio de las tinieblas de la noche, fuerza es confesar que el cálculo de los empresarios de diligencia no va del todo fuera de camino. Yo pecador que no tengo por costumbre semejante locomocion, ni por otra parte traia en el pensamiento ningun proyecto comercial que me hiciese dar gran precio á las horas, sé decir de mí que ni el cuerpo ni el alma se daban por contentos de semejante ejercicio; el uno porque se sentia no menos bien molido y mal andante que el del caballero de la Triste Figura, y la otra porque se veia obligada á interrumpir mas á menudo de lo que quisiera la serie de observaciones y discursos en que se complacia durante el viaje. De esta suerte he caminado de un tiron las 87 leguas que hay desde Marsella á Lyon, y de otro tiron ó poco menos las 119 que separan á esta gran ciudad de París. ¿Cómo queria Vd., pues, que trazase mis garabatos sobre impresiones tan fugitivas, ni fabricase la armazon de mis reflexiones sobre tan flacos cimientos? Ya sabe Vd. que entre nuestros caros compatriotas hay algunos, entre los pocos que se toman el trabajo de leer mis borrones, que me tienen por hombre de juicio y de conciencia. Dios y yo sabemos con qué fundamento: ¿cómo queria Vd. pues que á riesgo de dar al traste con esta su caritativa opinion fuese á incurrir en un vicio que no hace mucho tildaba en la mayor parte de los extranjeros que de nosotros hablan? Bien conoce Vd. que la economía debe guardar proporcion con el capital de que uno dispone, y que quien

apenas tiene mas títulos que la benevolencia de los suyos, obra cuerdamente en conservarla con cuidado.

Si con todas estas razones no se da Vd. por satisfecho de mi silencio, como lo veo muy posible, no crea por eso que me considero vencido, pues aun tengo otra muy buena y mas poderosa que todas, á saber: la pereza, de la cual poco ó mucho participará Vd. sin duda y que de cierto hablará en mi favor mas alto que otro argumento alguno, por aquello de *Non ignara mali*. De todas maneras á su amparo me acojo, porque en último resultado ella sola puede dispensarme de mi silencio. A propósito del hermosísimo puerto y alegre ciudad de Marsella donde por primera vez de mi vida he visto un bosque verdadero de mástiles y desaparecer el agua bajo de innumerables quillas, donde en corto trecho han cautivado mis miradas trajes y aposturas de casi todo el mundo, y herido mis oidos una confusion de lenguas tal que recordaba la de Babel, y donde finalmente el cotejo de la ciudad antigua alta, encaramada y llena de calles retorcidas y obscuras, con la moderna, alegre, bien trazada, con calles tiradas á cordel y cortada en ángulos rectos, regadas por pequeñas corrientes de agua viva y sombreadas á trozos por frescos arbolados, daba la medida de la diferencia de los tiempos y de la marcha progresiva de la ilustracion y cultura del género humano. No menos dignas de especial mencion eran sus cercanías amenas, frondosas y variadas, no menos por las desigualdades suaves del terreno que por las innumerables casas de campo cercadas de sotos, viñedos y praderas que las adornan, y animadas por el tráfago incesante y vividor que produce su colosal comercio. Algun recuerdo merecian tambien las fértiles aunque monótonas llanuras del departamento de Vaucluse, pobladas de moreras y algo semejantes por esta razon á algunos trozos del reino de Valencia; y célebres sobre todo por aquella famosa fuente en que el Petrarca cantaba sus versos á la hermosa Laura, y que mas tarde mereció la especial visita del rey mas caballeresco de Francia (1) la impresion que me causó Avignon fué de las mas agradables que experimenté en mi camino. La noche habia sido lluviosa, pero la mañana se presentaba azul y despejada, de manera que los rayos del sol rielaban vivamente en aquellos campos y arboledas cargadas de gotas de agua, y que á cada soplo del viento figuraban una lluvia de topacios y diamantes. La ciudad ofrecia un aspecto singular, pues por un lado sus murallas preciosamente conservadas y coronadas de almenas la daban un carácter militar decidido, y por otro sus numerosas torres y campanarios acusaban la antigua residencia de los Papas, y eran muestra de su fisonomía sacerdotal. Rodeámosla, y por la orilla del Ródano seguimos nuestro viaje hasta Valence, disfrutando constantemente un paisaje que la naturaleza y el trabajo del hombre embellecian á porfia, pero que cobró á mis ojos mayor atractivo cuando entramos en el estrecho valle donde el Ródano cogido en un espacio muy reducido, camina con rapidez grandísima como deseoso de salir de semejantes prisiones. El paisaje era silvestre y áspero á mas no poder: por ambas orillas, y sobre todo por la opuesta al camino, subian en rápido declive algunos prados donde pacian desparramadas cabras, ovejas y vacas, que en general contrastaban por su color claro con el verde oscuro de la yerba. Fresnos, álamos, chopos y robles señalaban el curso del rio y servian de coto á aquellas breves y empinadas alfombras de verdura, por encima de las cuales unas veces se veian hermosas viñas y otras extendian los montes sus matorrales de jaras y retamas. Mientras atravesamos el valle ningun barco grande de vapor ni de vela vino á turbar la soledad magestuosa y un tanto melancólica del rio: solo algunas barquillas que se deslizaban pegadas á la orilla se ofrecieron á nuestra vista. El paisaje alumbrado ya por los últimos rayos del sol era en sí mismo muy hermoso sin duda, pero á mis ojos tenia un mérito y atractivo especial, porque me recordaba las hoces y cañadas por donde he visto correr las aguas cristalinas del Sil en mis primeros años, y parecia traerme un eco de aquellas quebradas y un recuerdo de mi patria ausente y querida.

Al salir del valle cerró la noche afortunadamente para Vd., señor Director, que segun el paso que iba tomando mi pluma en los anteriores renglones, se veia amenazada de una especie de inventario de viaje, y ya todo comenzó á pasar á mis ojos como un tropel de formas vagas y confusas mas propias para un cuento á manera de los de Hoffman que para una narracion á la buena de Dios, como por ahí decimos; y que lejos de embarcarse en nubes ni de cabalgar en hipógrifos como los caballeros y damas del Ariosto, camina bravamente á pie y aun cojeando de lo bueno si no me mienten las señas. Por fin y por no cansar diré á Vd. que me detuve dos dias en Lyon, de cuya ciudad y de sus fábricas si fuera á hablar no me llegaria por varios dias todo el espacio del periódico. No quiero pasar en silencio, sin embargo, la vista soberbia que se disfruta desde la iglesia de San Juan de Fourvieres situada en una escarpada eminencia que domina la ciudad á caballero, y á cuyos pies el Saon sosegado y tranquilo entra en el Ródano impetuoso y rápido, ciñendo entrambos con sus brazos de cristal y como en un abrazo de ternura aquella rica y pintoresca poblacion. Construida sobre varias colinas, con los largos paseos de sus muelles plantados de árboles, con sus numerosos puentes, calles torcidas, y anchurosas plazas, con los innumerables barcos de vapor y de vela que cruzan sus rios, y rodeada de fértiles campos que termina al oriente el imponente grupo de los Alpes, ofrece Lyon desde las alturas de Fourvieres uno de los panoramas mas hermosos que pueden imaginarse. Aquel espectáculo es uno de los pocos que están hechos para no borrarse fácilmente de la memoria de quien lo ha visto.

A los dos dias salí de este emporio de la industria francesa en un barco de vapor de los del Saon; viaje de todas veras delicioso si el tiempo hubiera permitido disfrutar de aquellas frescas orillas; pero el viento era tan frio y tan violento, la lluvia tan frecuente y desatada, y las nubes tan bajas y apiñadas que los términos un poco distantes del paisaje se perdian con frecuencia, y aun los cercanos no siempre se presentaban con sus verdaderos contornos. El frio ademas era tal, á pesar de hallarnos en los últimos dias de mayo, que sin embargo de mi firme resolucion de pasar en cubierta todo el tiempo de la travesía, mas de una vez para templarme un poco, hube de meterme en la cámara, de donde ningun pasajero salia sino por contados momentos. Asi y todo no dejaba de haber escenas vivas y curiosas; porque como era el último dia de la pascua de Pentecostés infinidad de gentes y de aldeanas sobre todo entraban y salian en las diversas paradas que el vapor hacia ya en una ya en otra orilla, y presentaban una série siempre nueva de objetos y un continuo movimiento. Por desgracia á esto venia á reducirse todo, porque el campesino francés nada tiene de comun ni en su fisonomía ni en su porte con la traza inteligente, resuelta y altiva de nuestros paisanos; y en cuanto á las mujeres, Dios nos tenga de su mano, pues ora provenga de que las faenas mas duras de la labranza alteren sus formas, ora de que la raza sea de suyo pesada y poco airosa, ora en fin de aquellas sayas descomunales que atan por debajo de los brazos mismos y las hacen parecer niños empañados, ó lo que es mas probable de todo punto, el resultado es que la sensacion que producen en un español maldita la cosa tiene de agradable. Como quiera, y dejando esto aparte, diré á Vd. que por la tarde desembarcamos en Chalons y rodando toda aquella noche por los campos de la nombrada Borgoña, nos encontramos al otro dia no solo con un cielo puro y diáfano, sino tambien con las orillas del Jonne superiores sin duda en suavidad, frescura y alegría á cuanto hasta allí habia pasado por delante de nuestros ojos En verdad que poco puede imaginarse de mas apacible que aquel valle cuyas laderas sembradas de panes, bajaban en manso declive hasta las praderías y arboledas que marcan el curso undulante y sinuoso de aquel rio terso y unido casi siempre como un espejo. Todos los pueblos por donde pasábamos nos parecian á lo lejos enclavados en un bosque, pues nombre de tal merecen los inmensos y frondosos paseos y planteles que le servian de marco. Los efectos de luz ya entre los sotos y alamedas, ya entre las quebradas y vallecillos un poco apartados, ya por fin en la lámina reluciente del rio, eran de una riqueza y variedad infinita, y aquel paisaje, á cuya inexplicable armonía de calma y sosiego no faltaban ganados y pastores, ni tal cual barca que bajaba pausadamente con la corriente, ni accidente alguno en fin de la vida campestre, era seguramente digno del gran pincel de Claudio de Lorena. Todo el dia duró este panorama que de puro dulce y tranquilo mas de una vez entristecia el alma; y á las diez de la noche, despues de caminar buen rato por una sombria avenida, en que lo espeso del arbolado cerraba el paso aun al rayo mas fugitivo de la luna, entramos en Fontainebleau, donde habia resuelto pararme escarmentado de lo mal que me habia ido en las dos noches que pasé desde Marsella á Lyon, y deseoso ademas de ver aquel famoso sitio, en lo cual emplee el dia siguiente.

Tal vez espera Vd. una descripcion algo mas circunstanciada de este palacio querido y embellecido á porfia por todos los reyes de Francia y que seguramente merece estos cuidados, no tanto por su belleza arquitectónica, pues dificilmente podian consentirla las varias construcciones que sin gran plan ni sistema se han ido agregando al antiguo edificio; cuanto por sus varios y esquisitos detalles, y sobre todo por sus admirables alrededores. Si así es, lo siento por Vd., Sr. Director, porque declaro solemnemente, como ahora se dice á propósito de asuntos de no mayor cuantía, que veinte y cuatro horas no bastan para formar juicio exacto de tantas cosas; y porque ademas, por una rareza de que tal vez no se maraville Vd., un espacio bueno de tiempo y una parte no mala de mi atencion la empleé en examinar una pieza de paso muy insignificante del palacio y un velador que no vale arriba de 30 francos. Sabe Vd. porqué? Porque en esta pieza y sobre este velador firmó el emperador Napoleon su abdicacion famosa, y porque en aquel breve y reducido espacio se desplomó repentinamente la obra del genio y de la gloria al soplo cruel de la fortuna. La auténtica del suceso está en una lámina de bronce clavada en la parte inferior del velador, y el borrador de la abdicacion de puño del Emperador en un cuadrito dorado colgado en la pared de en frente. Despues de semejantes emociones fácil es de concebir que todos los primores y magnificencias que se ven no parecen sino juguetes de niños, y que el afan de los reyes por perpetuar su poder de un dia trae la risa á los labios: yo por mi parte recorrí aceleradamente el resto de los salones y galerías, y fuí á confiar mis pensamientos á los árboles, breñas y collados de aquel bosque incomparable que habian visto pasar á Enrique IV el Bueno, á Luis XIV el Magnífico y al gigante de nuestros dias. Muchas ponderaciones he oido y leido del tal bosque, pero confieso que no las tengo por sobradas, pues sus puntos de vista son admirables á todas luces, y él despues de Dios bastó á convertir á Lantara, desdichado vaquero de Acheses, en un pintor de alguna nombradía. El resto del sitio es hermoso, y sobre todo está cuidado con infinito esmero; pero adolece de escasez de aguas falta no pequeña en semejantes posesiones, y que le quita aquella pompa y lozanía en la vegetacion que son el principal adorno de Aranjuez.

Al otro dia acabé de atravesar la gran selva, dirigiéndome á Corbeil para tomar el camino de hierro que un poco mas adelante de este pueblo entronca con la linea de Orleans. Tan á punto llegamos que no tuve tiempo sino para meterme en un coche de los del tren que arrancó al punto. Las sensaciones que se experimentan en un medio de locomocion del todo desconocido entre nosotros prácticamente son de aquellas que no pueden definirse exactamente, pues la velocidad descompasada con que pasan todos los objetos cercanos como arrebatados por un torbellino, junto con el ruido de una sarta tan larga de carruajes, barre la vista y aturde no poco los oidos. Sobre todo cuando otro comboy pasa al lado; como la velocidad se dobla, parece cosa de mágica, aunque á decir verdad la tal mágica mucho mas tiene en apariencia de negra que de blanca. Por lo demas la comodidad es grandísima, los carruajes magníficos, el precio equitativo, y el servicio regular y exacto. El camino desde Corbeil es muy agradable, porque sin contar la vista del Sena, se disfruta la de una porcion de villas y aldeas situadas pintorescamente como son: Donjons, Soissy y Etioles en frente la posesion de Petit-Bourg, colonia industrial y agrícola fundada por nuestro difunto compatriota Aguado: atraviésase ademas el parque de este palacio junto con el Gran-Bourg y el de Fromont, y sin dejar de tener á la vista

(1) Francisco I.

hermosos collados vestidos de arbolado, se encuentra Charenton á la derecha, el inmenso edificio de la Salpetriere á la izquierda, y en seguida se entra en el embarcadero situado en frente del puente de Austerlitz. Todos estos milagros se hacen en cosa de una hora, de manera que aunque las impresiones quedan, el nombre de los lugares sin la ayuda de un guian o correria la misma suerte.

En fin, ya me tiene Vd. en la capital del mundo civilizado, como la llaman estas buenas gentes con su acostumbrada y encantadora modestia. ¿De qué quiere Vd. que le hable ahora? ¿Por ventura de la fisonomía estraña de este pueblo, del género de vida que en él se hace, de sus monumentos, espectáculos, etc., etc.? Para eso juzgo mucho mejor para el periódico y mas descansado para Vd. copiar uno por uno los artículos que sobre el mismo objeto escribió el Curioso Parlante, que al cabo por la circunstancia extraordinaria de haber residido mas tiempo, y por la ordinaria de tener mas juicio y talento que yo, es voto de algo mayor peso. ¿Quiere Vd. que le dé cuenta de la sorprendente exposicion de la industria francesa que por fortuna mia he visto y recorrido muy á mi sabor durante todo el mes de junio? Pero en tal caso ya podia Vd. aprestar cajistas, papel y aun paciencia, porque la cosa daria de sí para un buen volúmen, y sino á la prueba me remito para cuando salga el dictámen de la comision especial. ¿Prefiere Vd. una noticia especial del magnífico templo que ha levantado este monarca ilustrado en Versailles á las glorias y á las artes de la Francia, y donde los ojos acostumbrados á la franca y gallarda escuela española, pasmosa no menos por su vigor que por su dulzura, encuentran infinitas cosas que desentonan y chillan mas de lo que chillaria una gaita gallega en el *Requiem* de Mozart? Supongo que no preferirá semejante cosa porque me supondrá cansado de escribir como yo le supongo cansado de leer este artículo, en que si el amor propio de escritor no me engaña, del mismo modo quedarán burlados los que busquen instruccion y recreo. De todas maneras aunque le doy licencia de tratarle como guste, le aconsejo que sea con cariño, porque si este primero encuentra mala acogida, uno ó mas que le enviaré sobre Rouen su camino (viaje que haré solo para desagraviar á V.) no se atreverian á andar tantas leguas para hallarse con cara de palo. Despues de mi salida de Francia procuraré ser mas puntual si la obligacion (que como Vd. sabe no es floja) consiente algun espacio á la devocion.

Ahora solo me resta concluir como nuestros poetas cómicos del siglo XVII, pidiendo perdon al público de los yerros, y á Vd. del tiempo que le ha quitado su atento servidor y buen amigo, Q. B. S. M.

**Enrique Gil.**

Paris 10 de julio de 1844.

# Revista de la Quincena.

Tristeza, soledad, melancolía, angustia, fatiga y pesadez, no otra cosa son para los que habitan el suelo madrileño, los quince primeros dias del mes de agosto, mes de calores terribles, mes de enfermedades continuas, y en que las gentes á imitacion de las hojas que en un solo dia trocan su verde en mustio color, habrán de cambiar las frescas ropas que visten, por otras de mayor abrigo, so pena de encontrarse á la vuelta de una esquina con los frios de diciembre. El temperamento en Madrid es tan inconstante como la fortuna, tan veleidoso como el amor, tan fugitivo como la esperanza, tan caprichoso cual sutil nube de humo que ondula entre céfiro ligero, y se la ve desaparecer. Todo esto no será suficiente á privarnos el saborear las faustas nuevas que hemos recibido acerca de nuestros asuntos con el imperio de Marruecos: un crímen bárbaro, un crimen en que el derecho de gentes estaba hollado, destrozada la causa de la humanidad, hecha pedazos y por el suelo la grande obra de la civilizacion, se habia cometido con nuestra España: la reparacion tenia que ser tan grande como la injuria; el emperador marroquí se negó una y otra vez á reparar tanto agravio; era preciso y de todo punto inevitable un rompimiento; la guerra estaba preparada; el emperador no podia en su situacion menos de temerla, y temiéndola ha tenido al fin, ya que no confesar su pecado, sufrir la dura penitencia. Cuando insertaba la Gaceta oficial la comunicacion del cónsul de España en la plaza de Gibraltar, con la plausible noticia de haberse terminado definitiva y satisfactoriamente, las cuestiones pendientes de España y Francia con Marruecos mediante las negociaciones llevadas á cabo por el agente inglés Mr. Hay, recibimos la noticia de haber sido bombardeado Tánger por el príncipe Joinville. Este es el resultado que podia prometerse el emperador marroquí, que verá muy luego, como á este bombardeo sigue el de Mogador y demas puertos del imperio. Tambien en estos momentos debe estarse resolviendo otra cuestion no menos importante para la paz de nuestro suelo y tranquilidad de las conciencias; la cuestion eclesiástica ocupa hoy sin duda alguna á la córte de Roma, y es de esperar que con la llegada del señor Castillo y Ayensa tengan feliz término los asuntos de la iglesia, sin que se lastimen en lo mas mínimo tantos intereses creados. El gobierno austriaco se ve cada dia mas y mas comprometido con los desórdenes de Praga, á cuyo punto manda fuerzas considerables; mas de 20,000 israelitas abandonan el pais perseguidos cruelmente por el pueblo; y el célebre banquero Rostchild, á quien es deudora la Alemania entera de inmensos beneficios, es despedazado y se le arrastra por las calles en retrato. El consejo de guerra establecido á causa de la revolucion de marzo en Cosenza, condena á 21 individuos á la pena de muerte y 10 á treinta años de prision; pero la clemencia del rey de Nápoles alcanza á 15 de los condenados, y conmuta su pena en perpetuo encierro; entretanto se cuenta como cierta la muerte de los dos hijos del almirante austriaco Bandiera, á consecuencia de las heridas que recibieron en el combate contra las tropas napolitanas durante la funesta jornada de la Calabria. La capital de Francia, el pueblo inmenso de París, celebra con magnífica pompa el décimocuarto aniversario de la famosa revolucion de Julio. Los campos Eliseos iluminados completamente presentan un cuadro asombroso, las aguas del Sena en que se figura un combate naval, una ilusion mágica, las cucañas, los juguetes de todas clases, una variedad inmensa y los arcos de la Estrella y de la plaza de la Concordia, descollando magestuosos entre inmensas luminarias, un golpe de vista tan magnífico como sorprendente. El rey de los franceses, que nació con aquella revolucion, lo mismo que la Carta de Francia, de la cual puede llamarse hermano, ha querido solemnizar estas fiestas premiando á los artistas y fabricantes que mas se han distinguido en la última esposicion de los productos de la industria francesa. A tan augusto acto, ha asistido Luis Felipe vestido con el uniforme de la guardia nacional; y despues de repartidos los premios, ha solemnizado tan fausto dia con un magnífico cuanto espléndido banquete. Concluida la comida, ha tenido lugar un concierto mónstruo, al que ha asistido inmenso número de artistas, fabricantes, maestros, y en el que la *Marsellesa* ha alternado con los coros del *Moises*, y sin número de piezas escogidas y primorosamente ejecutadas. Así va sosteniendo el monarca francés el peso inmenso de la corona que se asienta en su cabeza ¡quiera el cielo que esta no se rinda con el peso de los años! ¡la paz del mundo se alteraria completamente en dia tan aciago! La visita que tiene prometida á la reina Victoria, tendrá lugar á primeros del mes entrante, época para la cual habrá terminado la convalecencia de su alumbramiento: el mariscal Soult acompañará á S. M. que tornará de su visita por Bélgica, con el objeto de abrazar á sus augustos hijos. Es milagro, y de ello damos gracias á la Providencia, que no haya habido en este año algun intento de asesinato contra tan augusta persona. No ha sido tan afortunado el rey Othon, á quien ha tratado de arrebatar la vida un sargento de gendarmes, que estaba demente. Este desgraciado se precipitó en el palacio, y quiso penetrar por la puerta privada que sale al jardin: un centinela lo persiguió desde el principio, le alcanzó luego, y le cruzó la bayoneta por el cuerpo dejándole muy mal herido. En mayor peligro y con no escasa fortuna, ha estado el rey de Prusia al partir en compañía de la reina á la Silesia. A las 8 de la mañana del 26 de julio y cuando esta habia ocupado su asiento en el carruaje, un hombre embozado con una capa parda, logró acercarse á dos pasos de la rueda delantera y disparó sobre el rey dos pistoletazos que á nadie hirieron: el asesino cometió este horrendo crímen con una pistola de dos cañones; inmediatamente fué preso aunque con gran dificultad, pues queria el pueblo hacerlo trizas; dijo llamarse Tscheck, tener 56 años de edad; y que no habia cometido el crímen por inspiracion ajena sino propia, y guiado por el deseo de hacer un servicio á su pais asesinando al rey y dando asi una leccion saludable á sus sucesores. Ha fallecido en Florencia el 28 de julio último á las nueve de la noche, José Bonaparte, antiguo rey de nuestra España. En el número inmediato de El Laberinto se dará su biografía acompañada del retrato. Tambien en la capital de Portugal se han celebrado solemnes fiestas con motivo del aniversario de la promulgacion de la Carta, y en nuestra España, en la capital del Principado, en la rica Barcelona, cuyos muros ha abandonado nuestra adorada Isabel, no se ha perdonado medio ni fatiga á fin de obsequiarla de la manera mas cumplida. Antes de verificarse la partida de SS. MM. y A. ha tenido lugar la presentacion de la medalla consagrada á la memoria del regreso de S. M. la reina madre al suelo español. Tiene dos pulgadas de diámetro y dos líneas de espesor. En el anverso se encuentra el busto de S. M. la reina madre con la inscripcion:

MARIA CRISTINA DE BORBON:

y en el reverso, una carroza tirada por cuatro caballos y montada por una graciosa ninfa derramando aromas con la diestra y abrazando con la siniestra el cuerno de la abundancia. En el exergo se leen estas palabras:

AL REGRESO DE CRISTINA A ESPAÑA,
LA DIPUTACION PROVINCIAL DE
BARCELONA.
AÑO MDCCCXXXXIIII.

Cada una de las personas reales han recibido una coleccion, compuesta de una medalla de oro, otra de plata, y otra de cobre. Muy luego tendrá la capital de España la envidiable fortuna de encerrar en su seno á la augusta Isabel, cuya salud, gracias al cielo, ha mejorado estraordinariamente á favor de las aguas de Cataluña. La cuestion electoral va cobrando alguna mas vida á medida que se va acercando el dia señalado para la eleccion; cuéntase á pesar de esto, que un partido numeroso, no se presentará en el palenque abierto por el gobierno, y que solo trata de hacer presente á la Nacion los motivos que le inducen á seguir semejante conducta.

En el número anterior de EL LABERINTO, desahogábamos nuestro corazon, felicitándonos de hallarse asegurada la paz y tranquilidad del vasto continente donde moran nuestros hermanos de América. Hoy despedazados por el dolor mas acervo, el llanto asoma á nuestros ojos y el alma se conduele al referir la triste escena de que ha sido testigo aquel pais virgen é inocente. Siguiendo su curso la causa sobre la conspiracion allí descubierta ha resultado cómplice Gabriel de la Concepcion Valdés, conocido por PLACIDO, célebre poeta, sublime genio por cuyas venas circulaba la sangre africana, junta con la europea. PLACIDO era un peinetero de Matanzas que no quiso como debió abandonar la Isla de Cuba, pais para él ingrato cuando fué comprada su libertad, merced á los generosos instintos de varios jóvenes: por respirar las brisas de su patria se habia sometido al envilecimiento que la humanidad imprime sobre el color de su rostro. Parece que al desgraciado le designaban por rey los conjurados ¡corona mas brillante é imperecedera ceñian ya sus sienes, y se la hubiera conquistado por sí sola su última plegaria, si no la poseyera ya de mucho antes! No podemos resistir al deseo de copiar íntegra esa composicion nacida de lo íntimo del alma. Algun periódico de esta corte ha supuesto que Plácido la escribiria sin duda para ablandar á sus jueces! ¡qué juicio tan cabal, qué comprension tan exquisita tendrá quien eso crea! pues qué ¿son los hombres capaces de inspirar pensamientos tan sublimes, palabras tan solemnes? Lo que es cierto que si á *Plácido* le condenó la justicia, pudo salvarle la clemencia; que á ser nosotros jueces con una mano hubiéramos firmado la sentencia de muerte, y con la otra hubiéramos descorrido el cerrojo de su prision. No abundan talentos de su temple en el mundo para segarlos en flor en vez de prodigarlos esmerado cultivo, ni estamos tan abundantes de luces que fuéramos á apagar la estrella refulgente que brillaba en el ocaso ¿pedir clemencia Plácido? ¡Jamás! su plegaria lo dice; amaba la vida sin temer la muerte, y es bien seguro que nunca se creyó mas feliz, que cuando su inspiracion se remontó á tan grande altura, que cuando habitaba un mundo desconocido y hablando con su Dios despreciaba la justicia de los hombres; la muerte era para él entonces delirio vano, poético ensueño, la gloria, la realidad con que debia encontrarse al despertar.

Esta es su plegaria.

## A DIOS.

Sér de inmensa bondad, Dios Poderoso
á vos acudo en mi dolor vehemente;
estended vuestro brazo omnipotente,
rasgad de la calumnia el velo odioso
y arrancad este sello ignominioso
con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
vos solo sois mi defensor, Dios mio:
todo lo puede quien al mar sombrío,
olas y peces dió, luz á los cielos,
fuego al sol, giro al aire, al Norte hielos,
vida á las plantas, movimiento al rio.

Todo lo podeis Vos, todo fenece
ó se reanima á vuestra voz sagrada;
fuera de vos, Señor, el todo es nada,
que la insondable eternidad perece,
y aun esa misma nada os obedece,
pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar. Dios de clemencia,
y pues vuestra eternal sabiduría
vé al través de mi cuerpo el alma mia
cual del aire á la clara transparencia,
estorbad que humillada la inocencia,
bata sus palmas la calumnia impía.

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia
que yo perezca cual malvado impío,
y que los hombres mi cadáver frio
ultragen con maligna complacencia,
suene tu voz y acabe mi existencia,
cúmplase en mí tu voluntad, Dios mio.

ESTE ES EL JURAMENTO QUE TENIA HECHO.

A la sombra de un arbol empinado
que está de un ancho valle á la salida
hay un pequeño arroyo que convida
á beber de su liquido argentado:
allí fuí yo por mi deber llamado
y haciendo altar de tierra endurecida,
ante el sagrado código de vida
estendidas mis manos, he jurado:
ser enemigo eterno del tirano,
manchar si me es posible mis vestidos
con su execrable sangre por mi mano,
derramarla con golpes repetidos
y morir á las manos de un verdugo
si es necesario por romper el yugo.

---

Creemos que nuestros lectores no tomarán á mal el que traslademos á este lugar algunos versos de PLACIDO, como pequeña ofrenda á su desgraciado fin.

Dirigiéndose á la Reina Gobernadora de España decia:

Alguno habrá que con dorada lira,
mas digna de tu oido soberano,
cuando sus cuerdas diamantinas vibre,
cante mas grato, pero no mas libre.
. . . . . .
. . . . . .
«El corazon no os late? pues en tanto
Que adorna el firmamento
el alba pura con nevado manto,
himnos de gozo sobre el leve viento
á la region olímpica levanto,
calle el que tema, yo no temo y canto.»

—

Júrote ser, si en tus doradas alas,
al trono de Jehová mi acento elevas,
Homero en Ilion, Pindaro en Tebas.

—

Alzo á las nubes atrevido el vuelo,
y encumbrando mi gloria hasta el Olimpo,
bajo recinto me parece el cielo.

—

Si gratos me escuchais, con raudo vuelo
plegue al Eterno que mi noble canto
al alto empíreo resonante suba
y en perlas torne convertido á Cuba.

El principio de su oda titulada: *La sombra de Pelayo*, puede dar una idea de la imaginacion brillante y atrevida de PLACIDO.

Cuando los altos montes se estremecen
de los airados vientos al silbido,
y las aves y fieras se guarecen
en cóncavas cavernas, ó perecen
de la centella al súbito estampido,
mientras ni el ruiseñor ni el cisne canta,
y todo es susto confusion y duelo,
altiva entonces la *condor* levanta,
ceñida de relámpagos el vuelo.
A su brillante lumbre
desdeña de los Alpes la alta cumbre,
impávida y tremenda como Palas,
y con mirar sereno
por la region horrísona del trueno
bate atrevidas sus potentes alas.

—

Tal yo, en mitad del general espanto
que incertidumbre por do quier respira,
pulso risueño la sonante lira,
vuelo á la cumbre del Olimpo y canto.

Seria interminable el citar hermosas composiciones de tan insigne poeta, y baste decir que en los dos tomos que de ellas corren impresos, todas son á cual mejores. Derramemos una lágrima á la memoria del malogrado PLACIDO y que la tierra le sea ligera.

---

Durante esta quincena los coliseos de la córte han estado sumergidos en un profundo letargo. Merece sin embargo nuestro pobre elogio la empresa del teatro del Circo, por la singular novedad que ha presentado al público madrileño. *Las Treguas de Tolemaida*, ópera séria en tres actos, compuesta por el maestro español D. Hilarion Eslava, es el mejor obsequio que al público podia hacerse, poniéndolas de la manera que en este teatro han sido puestas en escena. Como era natural, no podia menos de llamar la atencion una obra debida al genio, no muy comun por desgracia en nuestro pais, del aplaudido compositor del *Solitario*, y mas cuando tan buenas noticias se tenian anticipadamente acerca de su éxito en los primeros teatros de Andalucía, donde antes se habia ejecutado. No se crea, al juzgar nosotros esta produccion, que el sentimiento de nacionalismo haya de mover nuestra pluma á su capricho; nada de eso: allí donde vemos el genio, allí donde habita la inspiracion, es á donde se encamina nuestro aplauso; y como prueba de esta verdad, fresco está todavia el debido elogio que en nuestro número anterior hemos rendido al autor de la *Favorita*: ciertamente que quien nos conozca no ignorará cuán escrupulosos somos para aplaudir, y que no poseemos como algunos, ese precioso don, esa joya inestimable, esa fortuna inmensa, de encontrarlo todo bueno y por consiguiente de aplaudirlo todo. Hoy por dicha nuestra mucho es lo que tenemos que aplaudir, si bien alguna cosa no podremos menos de censurar. La ópera del Sr. Eslava no siendo conocida en la córte, siendo por otra parte de un maestro español, y maestro justamente aplaudido, era preciso que ocupára á la prensa periódica y que en las columnas de esta, se consagrára un espacio á su análisis y discusion. Nosotros somos los últimos en tan noble tarea, y por lo mismo el giro que á nuestro juicio crítico pensamos dar, es el de irnos haciendo cargo de lo que nuestros estimables cólegas han manifestado acerca del mérito y faltas de esta composicion, y habremos de hacerlo, si no en el *tono* que el articulista del *Tiempo*, porque eso seria para nosotros rayar muy alto, al menos siguiendo en lo posible su consejo; siquiera no hayamos recibido de tan profundo maestro lecciones de elegancia, cortesía y decoro. Es verdad que dice que sus artículos son de antiguo bien conocidos, y en este caso la falta está de nuestra parte, que pudiéramos muy bien haberlos estudiado, pero lejos de eso ahora nos desayunamos con que el articulista es entendido en la materia. El señor Fernandez de la Vega, que ya es preciso nombrarle, ha escrito un larguísimo artículo en el que habla mucho en verdad y dice muy poco por cierto. Si hubiéramos de seguirle paso á paso en sus observaciones sobre música, seria corto *El Laberinto* é impropio tambien de la gravedad de este, el tono en que debiera ir la contestacion. Despues de un prólogo pesadísimo en extremo, empieza á discurrir acerca del género *objetivo* y *subjetivo* con otra porcion de generalidades y citas de *Rousseau*, *Fetis*, *Choron* y *La Trage*, que asi pueden aplicarse á *las Treguas de Tolemaida* como al *Soldado del Papa*. Por lo visto el trabajo lo tenia el articulista hecho de antemano para la primera ópera que se pusiera en escena: se presentaron *Las Treguas*, y dijo para su capote: «Hágote crítica de *Las Treguas*, si pega porque pega, y si no para cuando pegue.» Es de advertir que de todo cuanto en el tal preámbulo se dice hay muy poco nuevo y sí copiadas una porcion de cosas, tal vez sin saberlo, de un folleto que hace poco se publicó acerca del pleito musical de los señores Safont y Carnicer. De manera que esta vez que hemos estudiado al articulista, nos hemos acordado de que la misma leccion estaba en otra parte, siendo de notar que anda tan desacertado, que atribuye el mismo mérito á Bellini que á Haydn y Bethoven. Al propio tiempo aconseja al señor Eslava que siga la escuela francesa, consejo que no le darémos nosotros. Lo que el señor Eslava debe hacer, en nuestra opinion, es consultar el gusto del público. ¿Por qué Donizetti cuando se encontraba en Francia con encargo de escribir para la Academia, compuso de tan diferente modo, de como lo habia hecho en Italia? Porque consultó el gusto del público francés; y ciertamente que si la *Favorita* la hubiera escrito para el teatro de Milan, no hubiera hecho *fiasco* como lo hizo, despues de alborotar y hacer furor en la Academia Real, popularizándose todos sus cantos en la corte de Francia. Asi es que el gusto del público á quien tan mal trata el articulista de *El Tiempo*, es el que el señor Eslava debe consultar, pues aunque ese público no escribe en periódicos, tantas opiniones unánimemente demostradas por los aplausos generales, dicen mas que la opinion de una persona que escriba por autorizada que ella sea.

Viniendo ya el articulista al análisis de la ópera, es decir de un acto, porque despues de tanto preámbulo no analiza mas, cosa que nosotros no extrañamos, porque siendo el terreno muy resbaladizo era fácil una caida espantosa: dice, pasando en silencio la *obertura*, como si no mereciera analizarse, *que el duo entre Matilde y Berenguela, sigue en la misma ruidosa instrumentacion, sin que en las melodias sorprenda la novedad*. En cuanto al *duo* se ha equivocado, porque no es sino *cavatina* de Matilde; y respecto á la instrumentacion es tan poco ruidosa, que le será muy dificil sino imposible al articulista citar otra, cuyo acompañamiento cubra menos la voz. Pero despues de calificar la melodía de esta pieza de la manera que dejamos dicha, añade que el *cantavile es bellísimo* y que la *cavaletta es lindisima, llena de dulzura y novedad, su armonizacion elegante y traviesa, su efecto mágico*. Esto es no reparar al escribir un renglon, lo que se ha dicho en el anterior; esto se llama contradecirse de una manera clara y manifiesta. Del aria de Lusiñan que sigue, cuenta el articulista *que nada le ha sorprendido* ¿por qué? las razones se las calla, sin duda por no ser *difuso*. Lo que sí le ha sorprendido, es que en la cavaletta del duo que sigue, que dice lo cantan los señores Spech y Bonfigli, concluyen en acordes de *Calderon* admisibles solamente en voces claras. Ni el duo es con Bonfigli sino con Unanue, ni eso de voces claras sabemos á qué alude, como no quiera decir lo que los franceses llaman *voix blanches*, ni acertamos la razon, porque á las voces que no son claras ha de alcanzar la prohibicion del articulista. Tambien se ha equivocado cuando habla de la alternativa del tenor y bajo en los versos

*Sacri sono al mol natio*
*«Di nostre alme é santi affeti, etc.»*

Estos dos versos lo mismo que los seis siguientes los dicen juntos el tenor y el bajo sin alternativa alguna. Habla del coro de guerreros y manifiesta: *que es rico en armonia, y pobre en melodías*, y en seguida se refiere al aria del P. Guillermo, y á la *cavaletta que está antes del quintetto final*. En primer lugar, quien lleva la melodía en el coro es la orquesta, y es muy extraño que persona tan entendida en música diga de buena fé que es pobre. En segundo, lo que canta el señor Barba es una *romanza* con coros y no un *aria*, en tercero no hay *cavaletta* y en cuarto, no es *quintetto el final* sino *sestetto*. Aqui concluye el análisis de la ópera; y la razon que tiene al articulista para no seguir analizando, es porque ya en el primer acto han aparecido todos los personajes ¡razon poderosa! ya lo sabe el señor Eslava: cuando escriba otra ópera, si quiere que se la critiquen en regla, que ponga personajes distintos en todos los actos.

El *Clamor* tambien nos ha dado un artículo de crítica de *Las Treguas*, y este periódico que hablando no ha mucho acerca de los ejercicios de la oposicion, que hizo el señor Eslava al magisterio de la Capilla Real, le hacia muy poca justicia como compositor de música religiosa dice ahora: *que no basta que el autor de las Treguas sea un escelente maestro de armonía, contrapunto é instrumentacion para hacer buenas óperas; que en las Treguas hay muchos plagios, tal como el duetto de tiples que es tomado de la Norma y hasta con el mismo tono, y que el andante de la cavatina de tiple del primer acto que canta la Moreno y que indica el violoncello es de Ana Bolena*. El *Clamor* se ha equivocado por esta vez de la manera mas completa. Prescindiendo de la contradiccion en que incurre, concediendo hoy al señor Eslava las dotes que le negára ayer, el *duetto de las tiples*, no se parece al de la Norma, sino en que es de tiples: el tono no es el mismo ni en el primer tiempo, ni en la cavaletta, pues la de las *Treguas* está en *si b* mayor y la de la *Norma* está en *fa*. Respecto á la cavatina, ni la Moreno tiene cavatina en el primer acto; ni en su aria del segundo indica el violoncello el pensamiento del andante: lo que sucede es, que precede al andante y al recitado un *solo* de dicho instrumento que ninguna conexion tiene con la *Ana Bolena*. Dice tambien el *Clamor* que en las *Treguas* hay cánticos religiosos y este es el tema obligado, el resorte continuo que han tocado los émulos del señor Eslava desde el primer instante que se presentó en la arena teatral. Pero no haga caso de estas inculpaciones vagas que no tienen otro fundamento que el de ir dirigidas á un maestro de Capilla; y cuando tenga necesidad de componer cantos religiosos en una ópera, hágalo en buen hora y desprecie esas acusaciones, que en la música religiosa puede haber mas grandeza y mas filosofia que en la profona; esto no obstante, es bien seguro que el *Clamor* no podrá señalarnos ni un solo canto religioso en las *Treguas*, como no sea que en lo profano encuentre sabor de religion.

Contestados estos dos periódicos que son los que mas defectos han puesto á esta ópera, y contestados á nuestro

modo de ver con razones, vamos á exponer brevemente el juicio que de esta produccion hemos formado. *Las Treguas de Tolemaida* es ópera que reune en sí buenas y nuevas melodías, nutrida armonía y rica instrumentacion.

Como melodías buenas muchas pudiéramos citar por cierto; pero las que mas llegan al corazon, las que se introducen en el alma son: la del andante del *duetto* entre Matilde y Filipo del segundo acto *Tafida é spera*; la de la *cavaletta* del mismo *al sueno angelia* en cuyo trozo, al unirse las dos voces en aquellas palabras *al seno stringimi* no puede producirse un efecto mas sorprendente y maravilloso; la de la cavaletta del duetto de tiples del mismo acto; las que contienen la *cavattina* del primer acto, el *aria* del tercero de la parte de Matilde y últimamente, las que se hallan en el final del primer acto, cuando el P. Guillermo dice:

*Ah si che gia brilla*
*Per mi la vittoria.*

Respecto al interés armónico difícil es señalar esta ó la otra pieza en que mas brille, y se nota muy luego que no hay melodía, por sencilla que ella sea, que no la haya acompañado el señor Eslava por una armonia interesante por lo nueva y agradable en extremo por su naturalidad; dígalo sino el acompañamiento del *allegro* de la cavattina de Matilde: *Non vannegia mio pensiero.*

La instrumentacion de esta ópera es una de las cosas que con mas fundamento han llamado la atencion de los inteligentes; la obertura, la introduccion, el duetto del primer acto entre Filipo y Ricardo, el final del primer acto y el del tercero son piezas, que sin disputa alguna pueden competir con las mas ricas de Mercadante: bajo este aspecto no debemos dejar que pase desapercibido el primer *tiempo* del duetto del segundo acto entre Matilde y Filipo, por ser altamente original y de grande efecto, oir cómo se remedan el primero y segundo violin con juguetes delicados, mientras se dicen aquellos sus amores con melodías propias de la situacion.

Indicadas las bellezas, resta que digamos algo de los defectos: el mas grande de todos se encuentra en el libretto; en el género malo, preciso es confesar que es lo peor que hemos visto. Asi no es de extrañar que careciendo enteramente de situaciones, haya tenido el señor Eslava que violentar en algunos casos los conceptos del poeta. Esto ha sucedido en la *cavaletta* de Matilde del primer acto y en el *andante* del duetto de las tiples, cuya poesía por sí sola no es capaz de inspirar á ningun compositor; esto si se quiere no puede tomarse como falta, porque muchas veces los grandes maestros, sacrifican la verdad al efecto. Tambien peca el señor Eslava en algunos trozos por exceso de instrumentacion, siguiendo al célebre Mercadante, poco digno de ser imitado en este punto.

La ejecucion ha sido bastante regular: por parte de la señorita Gariboldi completa; y el señor Unanue tuvo momentos muy felices: la ópera ha sido puesta en escena por la empresa con un lujo extraordinario, asi en trajes como en decoraciones. El público aplaudió frenéticamente la mayor parte de las piezas, y queriendo pagar un tributo de justicia al mérito de un compatriota, pidió repetidas veces el autor, quien se presentó en el palco del ayuntamiento. Nosotros felicitamos sinceramente al señor Eslava, por el triunfo que con su trabajo se ha sabido conquistar, y animanos la esperanza de verle recorrer la senda que con tanta fortuna ha inaugurado para dicha suya y gloria de su patria. La empresa del Circo concedió al autor un beneficio á la tercera representacion; de presumir es, que á estas horas el gobierno haya dado alguna prueba de estímulo á quien asi se distingue, ya que un particular ha tomado la iniciativa.

Tenemos el disgusto de anunciar á nuestros lectores que Salvatori no se encuentra ya en el teatro del Circo, y que el señor Unanue partirá á primeros del mes entrante para el teatro de San Petersburgo. Tambien el señor Valero ha dejado de pertenecer á la compañia de verso.

Los teatros principales apenas han dado señal de existencia, y solo hemos visto ejecutarse, y muy bien por cierto, algunas piezas del señor Breton. Ultimamente se ha puesto en escena el drama traducido por el malogrado Larra, *Don Juan de Austria ó la vocacion* que ha gustado bastante, y en cuya ejecucion se han distinguido las señoritas doña Teodora Lamadrid y Duran, y los señores Sobrado y Lumbreras. Ha llegado á la corte de vuelta de Paris la joya de nuestros teatros, la Matilde Diez; muy pronto lo verificará el señor Latorre que tan buen recibimiento ha tenido en Sevilla; y es de esperar que ahora que va refrescando el tiempo, el infatigable cuanto activo señor Lombia, utilice los muchos elementos con que cuenta para dar vida á la escena española.

**Juan Perez Calvo.**

# CANCIONES DE BERANGER.

### EL VIAJE IMAGINARIO.

Asoma el nuevo otoño y en sus húmedas alas
Aun de nuevos pesares el martirio me trae,
Y siempre dolorido, pobre y tímido siempre
La flor de mi alegría palideciendo cae.
Arrancadme del fango do se arrastra Lutecia;
Cobíjeme otro cielo de mas limpio turquí;
Ya en mis gratos abriles deliraba con Grecia.
Allí el postrer suspiro lanzar quisiera, allí.

Para mí es importuna toda version de Homero;
Sí, Griego he respirado, Pitágoras da fé.
Por madre tuve á Atenas en tiempo de Pericles,
Del filósofo Sócrates la cárcel visité.
De Fidias asombrado palpé sus maravillas;
Abejas del Himeto dormidas sorprendí;
Ví del ameno Ilisa florecer las orillas:
Allí el postrer suspiro lanzar quisiera, allí.

Dioses! un solo dia desvanezca mis ojos
Vivifique mi espíritu la lumbre de ese sol.
Salúdola de lejos, y libertad me grita,
Acude, Trasibulo se ostenta vencedor:
Partamos, ya la nave se brinda á mi deseo,
No embravezcais las ondas ¡oh mares! contra mí,
Permitid que mimusa rauda aborde al Pireo.
Allí el postrer suspiro lanzar quisiera, allí.

Si es magnífico el cielo de la florida Italia
Odiosa servidumbre nubla su terso azul.
Voga, barquero, voga, llévame compasivo
Allá donde renace blanca y fúlgida luz.
Tranquilas ondas surco, rústico nombre crece,
Fértil campo se viste de rosa y de alelí,
Y del tirano el ímpetu en sus playas fenece.
Allí el postrer suspiro lanzar quisiera, allí.

Acoged á un salvaje, dadle seguro puerto
De Atenas castas vírgenes; mi númen alentad
Por vuestros dulces climas dejo un pais avaro
Donde el genio á los reyes encadenado está.
Patrocinad mi lira, no la hagan su trofeo,
Y si mis cantos logran conmoveros asi,
Abrid á mis cenizas la tumba de Tirteo:
Aquí el postrer suspiro vine á lanzar, aquí.

### TODAVIA AMORES.

Todos los dioses de la edad florida
A solas me dejaron con mis años,
Sin la esperanza para mi querida
De que cierren mis ojos sus engaños;
Dije, y súbito dulce encantadora
Llega, y su voz anima mis sentidos
¡Ah! ¡todavía una beldad traidora!
Aun todos los amores no son idos.

Aun es acaso manantial de pena,
Mas fatígame ya tanto reposo;
cuando jóven, sujeto á mi cadena
Entre desdichas palpité gozoso.
¡Ah! los dioses me envian, reina bella
Me vuelves los encantos ya perdidos:
Rosa de otoño espónjate para ella
Aun todos los amores no son idos.

Aun lágrimas encierra mi pupila,
Aun entona mi voz cántico tierno,
¡Cantos y amor! pues la beldad destila
Fuego que inflama al aterido invierno.
Todo sonrie flores con mas galas
Campos mas verdes, cielos mas lucidos
Surcan vientos mas dulces leves alas,
Aun todos los amores no son idos.

### Á LOS JÓVENES.

Al bendecir un cielo de dulzura
Sobre la playa descansando un dia,
Llorad á los marinos sin ventura
Víctimas ¡ay! de tempestad bravía.
Bien merecen alguna prez del mundo
Hombres que en su fatiga y desamparo,
Antes de sumergirse en lo profundo
Os señalaban con su dedo el faro.

**A. F. del Rio.**


# ANUNCIOS.

## LOS ESPAÑOLES

### PINTADOS POR SÍ MISMOS.

Coleccion de artículos originales de nuestros mas célebres escritores. Retratos tirados á parte, en papel de color, grabados en madera, distribuidos en el testo. Edicion de lujo.—Se suscribe en la librería de D. Ignacio Boix, calle de Carretas, á 3 rs. entrega en Madrid y 4 en las provincias, franco de porte; para los señores suscritores al *Nuevo Avisador*, á 2 rs.

**El bandolero.**

Deseando el Editor de esta obra que sea estensivo su conocimiento á todas las personas que favorecen otras publicaciones de su casa, ha resuelto que los suscritores al *Diario de Avisos* disfruten la ventaja del real que se hace á los del *Nuevo Avisador*, por manera que cada entrega de los *Españoles pintados por sí mismos* no les tendrá de coste mas que DOS REALES VELLON.

Van publicadas ya OCHENTA Y CUATRO entregas.

Dentro de pocos dias saldrán *La Cigarrera*, por D. Antonio Flores, y *El Accionista de Minas*, por D. P. Madrazo.



**Director, D. Antonio Flores.**

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECÁNICAS
DE D. IGNACIO BOIX, EDITOR PROPIETARIO.
Calle de Carretas, núm. 8.